LUIS VILLARONGA

ALAS VICTORIOSAS



EDITORIAL REAL HNOS.
SAN JUAN, PUERTO RICO.

LUIS VILLARONGA

ALAS VICTORIOSAS



-- 1925 --

EDITORIAL REAL HNOS.
SAN JUAN, PUERTO RICO.

Dedico este libro a mi madre

Vicenta Charriez

mujer inteligente y espiritual, discípula
predilecta de Jesucristo,

y

a mi padre

Salvador Villaronga

espejo de bondad y de hidalguía.

Prólogo del Autor

"ALAS VICTORIOSAS" es el título presuntuoso de un libro que acaso no tenga ningún mérito. El libro, no obstante, aparece sin ningún orgullo. El libro se considera muy modesto y cree que no debe aspirar al orgullo. "ALAS VICTORIOSAS" son las alas del espíritu volando sobre los campos de la Belleza y el Amor. "ALAS VICTORIOSAS" son las alas del lirismo, del idealismo, que se siente feliz y victorioso con sólo que se le deje cumplir sus aficiones de amor y de gracia y cantar su gran canción exultante.

No hay en este libro ningún orgullo. No podría haberlo. El autor considera que habiendo nacido del polvo y teniendo que volver al polvo, el orgullo en él sería una cosa intolerable. Su hijo—este libro—sigue las normas de su padre y es, como

él, humilde. El autor no sabe a estas horas—y es ya medio día—si él estaría justificado en hacer alarde de ese narcisismo espiritual de que otros escritores alardean. El autor en algunas ocasiones se ha mirado en el espejo de su propio espíritu y ha sonreído satisfecho; pero luego ha vindicado su humildad castigándose con la sonrisa de su propia piedad y de su propia ironía.

Este libro—lo hemos insinuado antes—es un libro lírico e idealista. Este libro es por eso un arca cerrada para todos aquellos que no amen la canción lírica y el pensamiento idealista. Para ellos no se ha escrito el libro. El libro se ha escrito apesar de ellos y contra ellos. Esta es quizás otra justificación para el título "ALAS VICTORIOSAS". Y si este libro no se ha escrito para esos hombres, no deben leerlo.

Casi todos los trabajos contenidos en este volumen fueron escritos hace siete, ocho y nueve años. No quiere esto decir que el autor ahora los escriba mejores. Todo lo contrario. Algunas de estas páginas breves, llenas de misticismo e idealidad, el autor ya no las escribe. En los años trans-

curridos nos hemos entristecido un poco y nos hemos desilusionado otro poco. De todos modos, este libro en su totalidad es un libro de juventud y como tal tiene derecho a cantar y a soñar. Tiene derecho y tiene, también, el deber. Una juventud que no canta ni sueña es un juventud valetudinaria, muerta para el espíritu, y propicia a todas las degradaciones y vilezas.

Predicamos a la juventud la canción rosa y el sueño azul. Quien haya nacido artista séalo contra todas las fuerzas del mundo. Cada hombre debe afirmarse en su ideal, en su actitud, en sus aficiones. En el mundo material no hay nada que valga lo que vale nuestra alma. Así, no la vendamos. Más o menos estas cosas decimos en las Cartas a Jocelyn, nuestro hermano menor y muy amado.

Predicamos que cada hombre debe de hacer de su vida su mejor obra de arte. Nuestra vida debe ser clara, armoniosa, radiante.Clara como el agua, armoniosa como la concertada música de una orquesta célebre, radiante como el sol. Vivir así es un continuado goce estético. Nos bastamos a nos-

otros mismos. Sentimos la plenitud. Cuando los demás nos ven silenciosos y quietos un ruiseñor nos está cantando dentro, y el alma, brincando de alegría en la rama, no teme que la rama se rompa porque tiene sus alas.

La felicidad incompleta que cabe tener en el mundo solo se tiene viviendo esa vida. Hay que bastarse a sí mismo. La felicidad, si existe, está dormida en nuestro corazón. Y sobre todo no olvidemos las palabras del Galileo, las palabras más maravillosas que han podido pronunciar los labios del hombre divino: "No os acongojéis por vuestra vida, qué habéis de comer, o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir: ¿no es la vida más que el alimento y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo que no siembran ni siegan ni allegan en alfolíes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas? Y por el vestido, ¿por qué os acongojáis? Reparad en los lirios del campo........" Pero, no repitamos las palabras que debieran ser sabidas por todos los hombres. Quien no las sepa búsquelas en el Evangelio.

Sí, pongamos en nuestra vida la serenidad y la paz que en los días presentes parecen haberse huído del mundo. ¡Paz! ¡Paz! En ella está la salvación del mundo y la salvación del hombre. En la paz está el gozo y la creación estética; en la paz está la abundancia y el progreso. Paz de las mañanas claras, paz de las tardes melancólicas, paz de las inmensas noches estrelladas. ¡Paz, siempre paz!

Luis VILLARONGA.

Aletazos

Misterioso es el corazón humano: tan inquieto, tan sediento, tan dolorido, tan exultante! ¿Acaso no lo sentimos siempre aleteando en el pecho como un ave prisionera que quisiera más aire y cielo y libertad? ¿No nos duele amenudo pecho y corazón de tanto batir de alas, de tanta explosión de impaciencias, de tanta crucifixión de ilusiones?

Unas veces es sed de amores lo que impacienta el ave enjaulada del corazón humano.... Una mujer que existe o que se sueña turba el reposo de la entraña recóndita. Y no hay sed comparable a esta sed que sentimos de la amada. ¡Cómo nos revolvemos agitados tras las rejas de la ausencia o tras el antemural de los obstáculos! ¡Cómo divaga la mirada perdida por el espacio! ¡Cómo se secan los labios y se agostan de sed, de sed de otros

labios rojos, muy rojos, muy húmedos, como si llorasen también de sed de besar!

Y otras veces es anhelo de fama, de gloria........ Los hombres que ganaron la inmortalidad nos deslumbran como soles. Recortamos sus fotografías que publican los periódicos y las pegamos a la pared de nuestro cuartito de estudios.... Viejas amadas fotografías de mis héroes, ¡cuán unidas estáis a mis añoranzas de la adolescencia! A veces la desconfianza anega nuestro corazón. Nos parece imposible que podamos llegar a ser lo que fueron esos hombres con quienes soñamos despiertos.... Y nos llenamos entonces de tristeza, sentimos deseos de morir.... ¡Cuánta falta nos hace en esos momentos una voz cariñosa y severa que calme nuestras impaciencias y nos alumbre el camino! El primer artículo que publicamos deja un recuerdo indeleble en nuestra vida. Cuando tomamos el periódico que publica el artículo ostentando nuestra firma, nos llenamos al principio de susto. Nos parece que todo el mundo nos va a echar en cara nuestro atrevimiento. Cuando salimos a la calle nos figuramos que todos los vian-

dantes fijan en nosotros sus miradas llenas de admiración por nuestra obra... ¡Y qué desagradable impresión recibimos cuando vemos un hombre salir de la tienda llevando su compra envuelta en la hoja donde está nuestro artículo y nuestro nombre! Y cuando estando en la botica o en la barbería hemos observado ansiosamente a alguien que no nos conoce y que está leyendo nuestro artículo, y le hemos visto terminar el artículo y volver la hoja indiferente y frío.... Pero, en cambio, cuando hemos visto un signo de aprobación, o la emoción brillando en los ojos del lector, o recibimos una felicitación que sabemos sincera, ¡cómo se ha exultado el pobre corazón, cómo ha abierto sus alas la ilusión, y ha volado alto, a los cielos, como un globo de colores hinchado de hidrógeno! Sed de gloria, sed del corazón.... ¿Quién no la habrá sentido siquiera una vez, en su vida, un minuto, una hora? ¿Quién no se ha sentido, ya alborozado, ya desfallecido, en las alternativas de la esperanza y de la desilusión, y no ha sentido de aletazos y explosiones dolorido el pecho y dolorido el corazón!

Y otras veces es la ambición de bienes materiales lo que conturba la paz del escondido órgano armonioso. El dinero, en primer término, imanta nuestros anhelos.... Dinero para un chaleco de fantasía que cubra de seda la voladora mariposa de la Ilusión; dinero para un collar de perlas que ciña la garganta preciosa de la Amada; dinero para comprarle un buen abrigo al reumatismo de la vieja amiga inolvidable.... Dinero para todo, para beber champagne, para comprar rosas, para ver París....

Pobre corazón humano; tan inquieto, tan sediento, tan dolorido, tan exultante!

Misterioso es el corazón humano.... Y a veces, de súbito, sin causa justificada, nos sorprende y se nos cuela en el corazón un gozo que nos hace sonreir a solas, y nos hace silbar y cantar himnos heroicos.... ¿De dónde viene y por qué viene este gozo, que no es de amor, ni de fama, ni de dinero? ¿Quién envía esta ventura fugaz y leve, pero ventura al fin, que nos hace reir y cantar como niños? ¿Por qué ocultos caminos ha venido este gozo que

colora de rosa toda la creación? ¿Por dónde ha venido y de dónde ha venido?

No; yo no quiero creer que este gozo nazca de una buena digestión, o del aroma del tabaco, o de la agradable temperatura.... No, yo quiero creer que este gozo que así llega, por sendas escondidas a exultarnos, es suprema limosna de amor de un Espíritu muy alto, muy bueno, muy invisible!

Sed

Para tí, la rosa de amor, de pasión, de dolor y de sangre; para tí, soberana inspiradora de páginas místicas......

¿Quién no ha sentido alguna vez en su vida que su corazón era como abrasado por misterioso fuego que le hacía encenderse y derretirse y derramarse a torrentes por el ancho mundo, como un río de aguas vivas.... de aguas vivas que sintieran sed abrasadora de fecundarlo todo, de bañarlo todo, de besarlo todo?....

La roca del corazón abierta y hecha fuente, fuente que mana aguas divinas!.... La roca del carazón.... ¿No se petrifica casi siempre el corazón del hombre para resistir los embates de la vida?

Pero, ¡qué grato es sentir que la roca se hace fuente de aguas que corren efusivas y besadoras circundando el mundo en un loco abrazo de amores!

¿Dónde está el Moisés cuya vara milagrosa improvisa fuentes en la dureza de las rocas?

Es la emoción la que verifica el prodigio, la que torna las rocas en fuentes, la que viste la Vida de flores, la que anega la Tierra en amores!....

* * *

¡Sed de sacrificio! ¿La has sentido....? En esos días grandes de tu vida (grandes más que los otros por algo que tú sientes dentro de tí, sin poder definir lo que es), en esos días en que te sientes casi divino, a fuerza de sentirte bueno y santo, en esos días en que los pecados propios se hacen fuentes de gracia y en que la carne llagada se hace de lirio, ¿no has sentido la sed incomparable del sacrificio?

¡Sed de sacrificio! ¡Sed de alzarse uno como una hostia blanca, muy blanca, libre de toda fealdad, para resplandecer alzada por manos divinas, en la misa eterna del Universo!....

¡Sed de sacrificio! ¡Sed de dejar, en supremo renunciamiento, sobre el haz de la Tierra, toda dureza y toda altivez y hecho cordero de mansedumbre y hecho anhelo de pasión, subirse muy alto, por los campos azules, hasta abismarse en la hoguera inconmensurable del sol!....

Y abrasada el alma de esa sed de sacrificio...... ¿qué lecho puede ofrecer mayor voluptuosidad que un madero levantado en cruz que pide el riego de una sangre para beberlo y florecer flores de Caridad y de Amor?

¡Sed de Cruz! ¡Sed de sentir los miembros desdoblarse sobre el duro leño y sentir los clavos clavarse y sentir cómo se crucifica la carne hecha lirio, y ver que las manos se tornan fuentes que manan vino generoso sobre las fauces abiertas de los verdugos ululantes, y sentirse cuerpo y cruz en abrazo definitivo, florecer claveles rojos, y sentir que el mundo se inunda con el perfume de un lirio de santidad que se viste de sangre y se torna rosa de pasión y de dolor!

¡Sed de Cruz! ¡Sed de sentirse el costado abierto y ver cómo la sangre mana caliente y bullidora,

río divino que fundiera los corazones y lavara las almas de los hombres!

¡Jesús! ¿Quién al pensar en estas cosas no comprende que Jesús fué el más grande de los voluptuosos, el voluptuoso divino, que en su abrazo con la Cruz, sació la sed tan larga y ardorosamente sentida por él, de sacrificio?....

Grises

A la buena madre mía.

Es la estación del otoño...... La tristeza de la tarde lentamente va cubriendo la belleza del paisaje.. Nubes de lluvia aparecen, y sobre el cielo se expanden, tenebrosas, como muertos, lívidas, amenazantes. Como espectros en revuelta, giran, se juntan, se abren, y se abrazan con la furia de gigantes indomables.

Por la tierra vagan tenues, de los vivos los pesares, y las sombras de los muertos que murieron tiempo hace.

¿Por qué los vivos lloran ¡ay! en la tristeza de las tardes? ¿Y por qué los muertos flotan en las sombras del paisaje? Y por qué es que mi alma,

ante el llanto del miraje, también, se cubre de brumas, de penumbras, de celajes?

El sol se murió de pena en lo alto del boscaje, y dejó todo en la sombra, almas, gaviotas, paisaje.. Por el espacio plomizo cruzan bandadas de aves, oscuras, feas, siniestras, graznando una canción grave.

Un relámpago se inicia, curvo y agudo cual sable, y fiero y tajante corta, cien cabezas de gigantes.... Un postrer rayo de sol, trepa al cenit un instante y contempla, estremecido, un charco inmenso de sangre que borbota, que se sube, y amenaza desbordarse.... Un trueno responde presto al relámpago tajante y se inicia en el espacio un tabletear trepidante......

Es la tormenta que llega, fiera, horrible, amenazante.... como el alma de un guerrero que vengase mil ultrajes...... Y la choza del labriego, que guarda tristezas y hambres, se encoge llena de miedo bajo el ala del boscaje......

"Dios de las Misericordias", clama en la sombra la Madre. "Tú que eres omnipotente, sin playas mar de piedades, protege a los que en las ho-

ras grises de dolor y hambre pronuncian tu santo nombre con el fervor de un amante."

Y la dulce oración, rauda, con sus alas tremulantes, sube al cielo obscurecido, tras el cual habita el Padre.

¡Oh, la fe de los creyentes! ¡Oh, el corazón de la Madre! ¡Oh, la oración dulce y rauda, con sus alas tremulantes!

La tormenta, en tanto, ruge, con fragores de combate, y la choza bambolea, y los nidos se deshacen.

¿Dónde irán a guarecerse, a la muerte de la tarde, los moradores del bosque, las felices tiernas aves?

Llueve, llueve, llueve recio.... y la lluvia delirante crece en la loma y el río y sube hasta derramarse....

¿Y las rosas encendidas? ¿y las rosas tropicales?—Se murieron de tristeza en la sombra del paisaje...... ¿Y los lirios, níveos, albos? ¿y los lirios anhelantes?—Se deshojaron ¡oh alma! en las brumas vesperales....

¡Oh, la muerte de las flores en el seno de la tar-

de! ¡Oh, el tormento de las almas de la vida en los embates!

La tormenta, en tanto, brama.... Vuelve a su clamor la Madre: "Dios de las Misericordias, tu gran poder nos ampare!"

Rueda en el espacio un trueno rasgando blancos celajes.... La lluvia cesa en su llanto.... Y el azul luce espejeante....

Las nubes huyen veloces.... El río busca su cauce.... Los capullos se salvaron.... Florecerán los rosales!

Al fin, la paz amorosa.... Tornan a dormir las aves en la sombra y el silencio, bajo el ala del boscaje......

¿Quién nos trae la dulce paz en las tardes otoñales? ¿Quién hace triunfar las rosas en la gloria del paisaje?

¡Oh, la fe de los creyentes! ¡Oh, el corazón de mi Madre! ¡Oh, la oración dulce y rauda con sus ala tremulantes!

Azul

A Ella, la que preside mis sueños de rosas y de soles, devotamente.

En la calma de la tarde nuestras almas se besaban y en el triunfo del paisaje nuestra alegría cantaba....

El sol, sultán moribundo, sobre las cumbres doblaba su cabeza refulgente que el horizonte doraba...... El cielo, azul y espejeante, lucía en la tarde maja su galanura hechizante de nubes, bordados, plata.. ..

Las montañas desbordantes de flores, frutos y aguas, amenazar parecían tocar las celestes salas con sus crestas despeinadas que a los vientos tremolaban su maleza lujuriante....

Pero las fuertes montañas, con ser tan audaces y altas, no llegaban hasta el sol que en el azul desafiaba a las montañas ingenuas.... ¡Oh, las ingenuas montañas! Me pareció sorprender, en el gesto de las magnas cumbres, altivas y graves, la tristeza de quien ama la gloria con sus destellos y ve que le faltan alas.... Y en todas partes la pompa soberana de Borinquen en sus vastos panoramas....

Y en el centro del paisaje, emergiendo de la fronda, fresca, rosada, galana y triunfadora entre las rosas, tú, mi bella, tú mi Amada!

Y en el marco del paisaje, junto a la flor de mi alma, de rodillas ante el cielo de los ojos de mi Amada, yo, el romero de la Vida.... yo, el dragón que, alerta, guarda el sueño azul de la Bella y la luz de su mirada.

Yo, el romero de la Vida, gusto de errar por las arduas sendas de los pedregales bajo todas las escarchas, bajo el ascua de los soles. Yo amo el fragor de las armas, la dureza de las rocas y el martirio de las zarzas....

En esos largos caminos alfombrados de cizañas

tú eres el único oasis que a mi labio ofrece agua, que a mi cuerpo ofrece lecho, que a mi alma ofrece calma.... ¡Oh, el oasis de mi vida! ¡Oh, mi lucero del alba!

¿Te acuerdas, mi dulce dama? En lo alto de los montes, en lecho verde de gramas, en las sendas florecidas, nació esta llama que abrasa nuestras vidas que se juntan como en el bosque las lianas.. Nuestro amor nació en la cumbre.... tuvo el trono de las águilas.... Y creció hasta rebosar nuestros pechos, nuestras almas, nuestra tumba, nuestro cielo: que siempre nos amaremos cual dos estrellas hermanas!

¿Te acuerdas de los jacintos; de la choza en que moraba el honrado labrador que te regalaba dalias!

¿Te acuerdas de aquel rosario, del libro de misa ¡oh alma! en que guardabas los pétalos que mi pasión te ofrendaba?

Recuerda cuando leíamos bajo el palio de las palmas "Rafael y Graziella", de Lamartine, que animaba nuestros sueños de ventura!

¡Oh, los ojos de mi Amada! ¡Oh, los sueños que se mueren de la Vida en la enramada como pájaros miedosos ante el huracán que avanza!

En la calma del paisaje yo pienso en mi hermosa dama, en el oasis de mi Vida, en mi lucero del alba!

Y las rosas triunfales, arrulladas por las auras, mueven sus rojas corolas como bocas que besaran.

El Nazareno

En su Natividad inolvidable

Digamos algo de Jesús. Celebremos en breves páginas, el nacimiento de Jesús. ¿No celebramos el nacimiento de Washington, de Lincoln, de Bolívar? ¿No hemos de celebrar el nacimiento del Nazareno, el más grande hombre—el hombre divino—de la Historia?

Jesús es un valor positivo en la Historia y en la realidad actual y palpitante. En ambas—en la Historia y en la actualidad—El sigue siendo siempre el Hombre, el Hombre con H mayúscula, el hombre en quien las facultades integrales del espíritu humano alcanzan una suprema, armónica realización. Grande fué el Galileo en la inteligencia, grande en el carácter, grande en el sentimien-

to. Con su inteligencia fundó una sabiduría nueva: predicó la unidad de la especie humana y la unión de todos los pueblos; erigió un Dios nuevo, no de un pueblo ni de una raza, sino de toda la humanidad; mantuvo la preeminencia de los grandes ideales de verdad, de bien, de justicia y de belleza sin los cuales la humanidad naufragaría en océanos de sangre homicida y en las sombras de la barbarie; y nos legó la ejemplaridad de una vida única por su sencillez, por su armonía y por su gracia. Con su carácter echó a latigazos a los mercaderes del templo, defendió firmemente sus teorías e ideales redentores y murió por ellos en sublime muerte de cruz y de transfiguración. Con su sentimiento conoció el dolor del mundo, y defendió a los oprimidos, proclamó la bienaventuranza de los afligidos y de los mansos, y exaltó a los pobres, estableciendo para todos un código nuevo de piedad, de caridad y de amor.

Es así, después de veinte siglos, el Hombre nuevo y el Hombre futuro. Por su sensibilidad exquisita y delicada, por su comprensión y por su inteligencia, Jesús es el tipo del hombre plenamen-

te evolucionado. Jesús es el término de la evolución humana y es por eso la representación futurista del hombre por venir.

Yo en esa evolución tengo fe porque la confirman la Historia y la Ciencia. Está comprobado que el hombre de hoy— pese a transitorios signos adversos de guerras e injusticias—es más sensitivo y más comprensivo que el hombre de ayer. En ese camino de nuestra perfectibilidad, el Nazareno será siempre nuestra estrella polar, clara y radiosa. Maestro; querido, amado maestro Jesús, tú que eres un Hombre y que eres, también un dios, ilumina nuestros caminos y pon en nuestras vidas aquella armonía y aquella gracia de que fuiste arquetipo y que hizo de tus días terrenos como azucenas blancas de paz en medio de las tempestades de la Historia.

Coloquio de las flores

LA ROSA:—

Soy la reina de las flores.... Soy el orgullo de los jardines imperiales.... Soy, entre las flores, como el Sol entre las estrellas, suprema, magnífica, esplendente... Al abrirse mi corola fúlgida, fenece la pálida belleza de todas mis hermanas. Me irgo en los jardines, sobre mi gracioso pedúnculo, con la majestad de los reyes y de los dioses: que reina soy y divina por mi luz y por mi gloria.

Soy hija de Apolo, y cuando él florece en los campos azules del cenit es para mí, la Elegida, la volcada cornucopia de sus oros.... Si Apolo es mi padre, es la Tierra la amorosa madre mía, y soy un himno a la fecundidad del próvido vientre misterioso de la Tierra, generador ópimo de formas,

gracias y perfumes...... Si soy dictadora suprema de la Hermosura, soy arquetipo insuperable de la Gracia, y de mi gracia y mi hermosura nace la eterna fuente de la inspiración de los poetas...... Ellos por mí se inspiran y mi triunfo cantan, y yo beso sus frentes soñadoras y les corono en la hora sonora y radiosa de los brindis y de las apoteosis.... Marco el camino de la Inmortalidad, orlo las sendas de la Gloria, y así rivalizo con el mármol y el bronce en la exaltación del humano triunfo.

Gané fama imperecedera en los maravillosos jardines de Alejandría; florecí junto a los mármoles de la Grecia gentílica, y arrullé, en tierras de Jerusalem, abrazando un sagrado sepulcro, el sueño del Señor.

Me visto de blanco, de amarillo, de púrpura.... Si es blanca mi veste, soy beso de virgen hecho gala y perfume; si de amarillo me cubro, soy pedazo de oro caído del sol; si purpúrea es mi túnica, simbolizo el Amor de las almas gemelas, la Pasión avasalladora y encendida de los pechos, el

triunfo de los labios ardidos...... ¡Soy la bandera de fuego del Amor!

Doy nombre a muchas mujeres. Para significar la hermosura extraordinaria de una beldad, se le apellida "Rosa", y a la misma soberana de los cielos a la insigne María, en antífona mirífica, la aclaman los creyentes: "Rosa Mística."

Soy así, compendio de la Hermosura y de la Grandeza. Me aclaman la Tierra y el Cielo.... Es para mí, la glosa apasionada de los céfiros, el himno de cristal de la Filomela, la lluvia cariciosa de la luz de las estrellas, los besos áureos y quemantes del sol......

¡Hombres, adoradme, soy la Rosa!

EL LIRIO:—

Soy el príncipe blanco de los jardines terrenales.... Soy la flor más pura de los jardines ultraterrestres, de la fé.... Soy aristócrata, nacido para sentir los anhelos inapagables de supremas alturas, de refinamientos quintaesenciados.......... Soy alto, delgado, fino: soy casi aéreo, pues mi patria

es más bien el aire y el cielo que la Tierra. ¡Tal es mi elevada estirpe!

Nací para morar en palacios de mármol, decorados con luces ténues de aurora y biombos azules de firmamento azul. Mis gustos son exquisitos: soñar a la hora del crepúsculo, conversar con el alba, inspirar tiernos afectos, perfumar las auras. No me prodigo; habito las salas más discretas de los jardines y crezco también en la orilla solitaria de los ríos. Y ¡qué gusto me da mirarme en las linfas tranquilas, mágico espejo de los bosques! Me miro en las aguas mi blancura tan distinguida, tan inmaculada, tan impecable...... Mi blancura es mi orgullo, pues es única sobre el mundo: mi blancura es la blancura lilial, la blancura de las almas virginales, la blancura de las hostias, de los corderos pascuales, de las sobrepellices, y de los caminos esterales.

Me gusta frecuentar los lugares místicos, que son antesalas del cielo, y así luzco amenudo mi belleza blanca en los templos; decoro los altares, irradio en la hornacina de oro de María, florezco en la vara de José y mi perfume discurre con el

perfume del incieso a lo largo de las naves silenciarias y en lo alto de las cúpulas resonantes.

Florezco en los claustros penumbrosos y en las celdas calladas y austeras del asceta. En los deliquios delirantes de las vírgenes inmoladas los besos amorosos vuelan,—celestes mariposas,—del cuerpo sangrante de Jesús a la blancura de mi corola perfumada.

Soy copa de los anhelos. Sobre las ánforas de las rosas gentilicias de Grecia y Alejandría florecerán siempre los cálices liliales de la fe.

Son mis hermanos los poetas, los santos, las almas puras y soñadoras.... El supremo exquisito de la Poesía, Rubén Darío, dijo de mí: "Hermano perfumado de las estrellas castas; joya de los abriles."

Soy el Lirio.

LA VIOLETA:—

¿Me conocéis? Soy el encanto escondido de los jardines.... Soy la distinguida moradora de una gruta de esmeraldas en que mis hojas, avaras, es-

conden mi tesoro. Soy muy pequeña y parezco una boquita que ofreciese a los peregrinos de la Vida, besos amantes. El valor reside casi siempre en los cuerpos pequeños.... La Ley es: el valor está en razón inversa del volumen.... Y cuáles son las cosas más bellas de la Creación? Pues los diamantes, las perlas, las gotas de rocío, la estrellas, las cosas pequeñas, en una palabra.... Y, los corazones buenos, mansos, ¿dónde moran? No es, ciertamente, en el palacio y el trono, sino en la cabaña y el monte.

Soy la Modestia, la virtud más insigne de los seres. ¿Qué son el triunfo proclamado por la Rosa, la virtud cantada por el Lirio, la grandeza del Pensamiento, si no les acompaña, en su gloriosa aparición, la Modestia? Las coronas, y las palmas, y las aureolas, carecerán del otro brillo, hermoso también, que desde un cielo penumbroso les envía el sol de la Modestia. La ebriedad del orgullo opaca el pensamiento, extravía la visión, endurece el noble pecho. La labor de esos astros será infecunda pues estarán muy altos para fecundar los próvidos surcos, y por otra parte, la verdade-

ra bondad, que siempre se siente humilde y digna, rehuirá el contacto desdeñoso.

Soy generosa: doy mi color violeta a las ondas del mar, al arco triunfal del iris, a las cintas de las mujeres aristocráticas. Soy el símbolo del duelo que fenece en la nueva primavera de la Ilusión......

Mi perfume es exquisito: encerrado en elegantes frascos, viajo, desde las perfumerías de París, que me ciñen la áurea etiqueta, hasta los pechos enjoyados de las princesas.. del Oriente.... Y me complazco en perfumar, también, la estancia humilde de la hija del trabajo.

¿Amáis vosotros a la escondida damita de los jardines?

Del ideario moderno

En el baile, ella era la predilecta de todas las predilecciones. Su belleza física, su trato afable, la dulzura de su voz, la erigían sobre un pedestal de aclamación silenciosa y reverente. En cuanto aparecía en el salón la circundaba la turba de jóvenes danzantes que se disputaban su carnet, con galante encarnizamiento. Ella amaba mucho la Vida, y la amaba por su Arte y por su Amor. Suspiraba ella por el advenimiento de los tiempos en que los hombres gustarán de esas cosas en gran medida hasta llenar sus pechos y desbordarse en acciones de Verdad y de Bien. El amaba la alegría y amaba el baile: tenía una decidida afición por la música y le gustaba también el loco revolar y girar de los cuerpos jóvenes y vibrantes por los

salones, sobre el océano de música, bajo el turbión de luz.

Pero hacía algún tiempo que se manifestaba ella preocupada y descontenta. Pasados tres años de triunfos en las fiestas algo empezó a moverse bajo aquella cabecita adorable. A veces en los salones se quedaba pensativa y solía entonces corresponder con forzada sonrisa a las galanterías de los pisaverdes. Yo la conocí en aquellos días y me cautivaron sus excelencias físicas y morales. Adiviné que padecía ella la pesadumbre del Pensamiento renovador y fecundo, que la transfiguraba y la exaltaba. Sentados en la terraza, lejos del bullicio, bajo las estrellas, hablábamos ella y yo de sus pensamientos, de sus anhelos.

Creía ella que había algo equivocado en aquella sociedad frívola y elegante. Había observado que en las fiestas, en los bailes, como en todo, se manifestaba siempre la sujeción servil de la mujer al hombre. El hombre dictaba allí como en todas partes. Las mujeres se sentaban en largas filas de sillas en el salón de fiestas y esperaban, a veces inútilmente, que viniesen los hombres a invitar-

las a bailar. La mujer era la mendiga de galantería y de amor. Su misión era siempre la de esperar, esperar largamente hasta que llegase el conquistador. Muchas de sus amigas no bailaban nunca y se morían de tedio en los largos intermedios de los bailes. Y para distraerse se paseaban por el salón, cogidas del brazo en parejas, o salían a los balcones a dar rienda suelta a sus parloteos sobre modas, o sobre envidias y celos femeniles. En el salón el hombre satisfacía plenamente sus caprichos de dominador como el león en la selva. Después de bailar el joven deja la señorita en su silla y corre a reunirse con sus amigos en la mesa de juego o en la cantina. Reanudado el baile vuelve el caballero lanzando con frecuencia por el aliento vahos de licores fuertes, y se apresura a estrechar a la joven en sus brazos codiciosos mientras ella, discretamente, se defiende. Cesa la música y el joven aplaude desaforadamente pidiendo a la orquesta que repita la tocata. Ocurre, a veces, que la señorita preferiría sentarse a seguir bailando, o cambiar de pareja, pero ella no puede tomarse esas iniciativas. Ella ha de some-

terse al que ha de conducirla en el baile como en la vida. Cesa nuevamente el bailoteo y los hombres se van, dejando solas a las mujeres. Es muy raro el caso de que un joven se siente al lado de la señorita y se establezca entre ellos la trama dorada de una conversación inteligente e interesante. Fuera del estrechamiento momentáneo de las danzas, que es, amenudo una escaramuza callada y discreta, se mantienen muy lejos unos de otros los hombres y las mujeres reunidos en manadas que se miran recelosamente, tórvamente.

—Bien, muy bien—le decía yo animándola para que hablase, desnudando ante mí su espíritu de mujer fuerte y libre—¿Por qué no juntarse en franca y amable camaradería? ¿Por qué no mostrarse mutuamente sus almas, pasarse inventario de los recursos espirituales de cada uno, y hasta convenirse préstamos?

—¿Préstamos?—me decía ella, sonriendo irónicamente, un tanto amargamente.—¿Y quién puede prestar, quién tiene para prestar? La inmensa mayoría de los hombres están en quiebra irremediable, no tienen siquiera para auxiliarse a

sí mismos. En muchos la vida es un eterno bostezo, no saben qué hacer consigo mismos, y no se hipotecan porque, como inmuebles, no tienen valor. ¡Ah, y esos son nuestros conquistadores, nuestros Maestros! Pero, ¿qué nos han enseñado nunca los hombres? Para enseñar es preciso que antes exista entre maestros y discípulos mutua simpatía espiritual, acercamiento de almas, confianza, compenetración de ideas y sentimientos. Y, ¿cuándo se ha realizado el ayuntamiento espiritual de los hombres y las mujeres? Sólo aspiraron siempre a dominarnos, a poseernos físicamente. Lo que pasa en el baile, pasa en la vida. Los hombres se van, y nosotros nos quedamos solas en la casa, en la iglesia, en los conventos. Y a veces nos sentimos tristes, abandonadas, pero no nos atrevemos pedir auxilio porque tememos que nuestro deseo de espíritu se tome por deseo de otra cosa. Y así se ha formado en nosotros esta pasividad, esta ausencia absoluta de iniciativas, de personalidad, esta "feminidad" que tanto gusta a los hombres porque es la sumisión anticipada a sus caprichos y devaneos de conquistador...."

Yo escuchaba entusiasmado a mi dilecta amiga, adivinando en ella a la mujer nueva de una nueva época, a la mujer iluminada, con personalidad propia y libre, que habrá de dotar al mundo de hijos que tendrán una fuerte personalidad, compuesta de la del padre y de la madre.

"¡Maestros!—continuaba ella—. Nunca lo fueron de nosotras—. Ni aún ejercitaron para enseñarnos el medio más fácil y ameno, al par que más adecuado y eficaz, de la conversación.... Conversaron entre ellos, disputaron en los concilios, en las academias, en las escuelas, sobre cosas muy altas y muy oscuras, pero cuando se acercaban a nosotras se creían obligados a hablarnos de cosas muy triviales, muy tontas, que a las más inteligentes de nosotras nos llenaban de tedio...... Y ya ve usted que hoy ningún hombre nos ofrece conversación inteligente...... Y luego nos tachan ustedes de frívolas, de cabecitas locas.... lo cual sólo prueba que somos buenas discípulas, dignas de tales maestros. Por eso habrá usted observado que cuando algún hombre superior, por medio de la conversación, o del libro, nos da sus ideas, sus

convicciones, sus sentimientos, su espíritu en una palabra, solemos nosotras, las pobrecitas mujeres, apasionarnos por él, y se explican así los frecuentes casos de amores platónicos, de correspondencias anónimas, de regalos femeninos que llegan de lejanas e ignoradas manos perfumadas"....

"Por fortuna—proseguía mi dilecta amiga, exultante—" por fortuna ya empezamos a independizarnos de ustedes. Ya está en formación la personalidad de la mujer, conquistando sus derechos y su albedrío. En la sociedad nueva habrá dos factores de cultura, el hombre y la mujer....; habrá dos iniciativas, dos voluntades y dos inteligencias que deliberarán: las del hombre y las de la mujer...... En la sociedad de hoy, en la civilización de hoy, predomina la fuerza, la violencia, porque es algo hecho por ustedes solamente; en la sociedad nueva, predominarán la inteligencia, la armonía, porque ella será producto del esfuerzo de ambos, el hombre y la mujer"....

"Ya sabe usted, pues, mi querido amigo—decía ella sonriendo—que en los futuros bailes, seré yo la que vaya donde usted cuantas veces quiera a in-

vitarle a bailar, y a darle temas de conversación, y yo espero que porque haga esas cosas terribles, no dirá usted que he dejado de ser mujer y de ser encantadora''....

Así hablaba ella, la mujer nueva, la mujer coronada por el Pensamiento, la discípula de Minerva.... Y suscitada la visión de gloria por las palabras inspiradas de mi amiga, yo veía las futuras generaciones de hombres, perfeccionados, humanizados, divinizados, por la colaboración inteligente del hombre y la mujer que, al fin, se comprendían....

¡Oh, Carnaval, dios y padre Carnaval!

¡Qué portentosamente sabia es la sociedad! ¡Qué insuperable corrección la rige! Y sobre todo, con qué acierto y solicitud ejerce el cargo de maestra, de tutora, de madre de sus hijos! La sociedad atiende a todo, lo provee todo. Ella reglamenta y regulariza la vida de sus respetables y distinguidos afiliados. Ella, por ejemplo, fija la temporada de las fiestas locas y tumultuosas. ¡El Carnaval! ¡El galante, gallardo, gracioso Carnaval! El Carnaval es paternal e indulgente. Como el sol y como la lluvia el Carnaval es para todos, para ricos y pobres, para soberbios y humildes, para felices e infelices, para vírgenes, semivírgenes y prosti-

tutas, para austeros y licenciosos. Para todos es la bondad insuperable del dios y padre Carnaval. Para la juventud tiene los tronos de rosas y azucenas en que las doncellas muestran el triunfo de sus formas; las "teorías" o procesiones en que las vírgenes, representando Ceres o Pomonas, marchan al ritmo de ligeras polkas, portando tirsos florecidos; las carrozas fantásticas en que las vanidades de papel tienen su máxima apoteosis. Para los viejos, para los humildes, para los desgraciados están la careta y el disfraz. En la catalografía de todas las ironías indulgentes y piadosas no hay ninguna superior a esta de la careta y el disfraz. Tras esa perfecta simulación del Werther romántico puede hallarse el esqueleto exhausto de un veterano libidinoso; tras esa apariencia soberbia de Napoleón o del Cardenal Richelieu puede hallarse el pergeño modesto de un periodista pobre y honrado, de la vieja escuela; y tras ese rostro y ese corpiño de Diana esplendorosa puede hallarse un cutis hollado por la Viruela y corazón destrozado por la Desilusión.

Y luego del Carnaval, la Cuaresma. ¡Qué orden, que previsión admirable en el plan humano y divino de nuestra amable y amada sociedad! En el Carnaval podemos hacer todas las locuras; podemos cometer todos los pecados.... Es decir, no todos. La verdad es que nuestras locuras y pecados son pequeños. Pequeños, pequeñitos, como es todo en nuestra vida; como son nuestras ambicioncitas, nuestros idealitos, nuestro corazón. Lo pequeño tiene la ventaja de que no pesa ni hace bulto. Lo pequeño gira, baila, piruetea con todos los vientos. Lo pequeño se acomoda, se ajusta a todo. ¿Hay que bajar? Pues baja. ¿Hay que volver atrás? Pues vuelve. ¿Hay que pasar inadvertido? Pues pasa. Lo pequeño cabe en el "vanity" de una mujer o en la carpeta abultada de un parlamentario.

¡Nuestros pecados! Nuestros pecados son pequeños, locos, como la boca de Colombina, como el amor de Pierrot. Pero pequeños como son hay que confesarlos. De menudos guijarros está empedrado el camino del Infierno. La Cuaresma es el arrepentimiento reglamentado, social, elegante.

Hay que hacer padecer a la carne pecadora, carnavalesca. Hay que poner ceniza en la frente del bufón, del Arlequín, que sea como una cenefa austera sobre su eterna risa de cretino. Durante la Cuaresma dejaremos de comer entre las comidas y cuando no tengamos hambre. Dejaremos también descansar a nuestras dulces amigas cuando les duela la adorable cabecita. Ayunos, vigilias, abstinencia, continencia, golpes de pecho, oraciones, absoluciones. Todo está previsto, reglamentado, dosificado en el orden admirable, en la sabiduría única de nuestra madre y maestra, la sociedad.

Su previsión llega hasta los campos fríos y desolados de la Muerte. ¡Ah, los amados, inolvidables muertos! ¿Que los hijos desnaturalizados no se acuerdan nunca de la buena mujer que les dió el sér y después toda su vida de madre abnegada y dolorosa? ¿Que a los maridos ingratos no se les pasa por las mientes el recuerdo de la pobre compañera que murió víctima de las infidelidades, denuestos y coces conyugales? Pues para eso está el día de la elegante pompa funeraria: el Día de los Muertos.

Ese día todo el mundo debe recordar y llorar a sus muertos; ese día todo el mundo debe ir al cementerio. A "mi inolvidable esposa" o a "no te olvidará nunca, tu hijo", le llevaremos una hermosa corona de flores moradas de las que anuncia hoy en primera plana la gran "Revista Cartaginesa" del bazar de moda "La Mariposa de Lata". A las cinco de la tarde—hora elegante—iremos al cementerio. Nuestro automóvil—fetiche, locura del siglo—estará tan luciente que humille al mismo sol. En el cementerio, ante la tumba, adoptamos una "pose" reverente y fina Los labios simulan balbucir las palabras de una oración y el pañuelo recoge una lágrima que se escapa de nuestros ojos a despecho de nuestra fortaleza de hombres. ¡Profundo e inmenso dolor! A la salida del cementerio tendremos una sonrisa muy amable para el cronista social que toma notas entre un corro de notables. Mañana, al llegar a la ciudad, antes de saltar del automóvil, compraremos el periódico y recorreremos febrilmente sus páginas tras la crónica en que estará nuestro nombre inmenso.

Y así, gracias a este sabio y admirable orden social, tenemos un día para celebrar el nacimiento de Jesús—el gran iluso,— y tenemos otro día para crucificarle. (Nuestro fervor religioso y nuestro idealismo laico nos lleva, sin embargo, a crucificarle todos los días.) Tenemos otro día para ser bondadosos con los niños y regalarles juguetes; otro día—el Día del Arbol—para ser cultos y amables con los árboles y otro día para honrar a los patricios, a quienes torturó mil veces nuestra indiferencia, nuestro desdén y nuestra envidia. Tenemos día para todo. Todo está previsto en el calendario formalista y litúrgico de nuestra insigne y augusta maestra y tutora, la sociedad. Y a ese orden social hay que ajustarse. En la medida en que tú, hermano lector, te acojas a ese orden, serás respetable y distinguido. Andando el tiempo serás ilustre porque habrás cumplido con todas las formas y liturgias.

Lo que importa es eso: lo exterior, lo formalista, lo deleznable. ¿Vida interior profunda? ¿Inquietudes espirituales? ¿Anhelos de perfección? ¡Tonterías! Lo que reina son las apariencias vis-

tosas y gárrulas. El Carnaval es apariencia de apariencias. Momo es el pontífice de la risa, de la frivolidad y de la burla. Momo universal y eterno, Momo victorioso, Momo desdeñoso: ¡Ruega por nosotros!

De los libros y de la vida

LOS PERROS DE SOIZA REILLY.

Soiza Reilly alardea en sus libros de un odio profundo, vehemente hacia los hombres. El perro es para él, símbolo definitivo de la bajeza y de la incomprensión humanas. Pocos pintores han expuesto, como Soiza Reilly, los cuadros de miseria y de dolor del mundo. Este literato es un sorprendente expositor de cuadros sombríos, que él contempla después con refinado gozo, que encubre un fondo de amargura. El parece deleitarse ante los harapos, el hambre, la desnudez, el crujir de los huesos, las fauces ardidas de sed. Y figura la sombra y el dolor del mundo en los perros. Sus perros son todos flacos, derrengados, mugrientos, sarnosos. Sus descripciones son, a veces, trazos de

caricaturas horribles, trazos nerviosos, difuminados; otras veces son líneas gruesas, manchas negras, verdaderas noches de frío y terrores.... Sus relatos están llenos de amargura, de desolación, amenudo de rabia....

Pero, yo he descubierto a través de estas páginas que dicen odio y fingen odio, un hombre que ama, que desea amar, un corazón inmenso. Esta pluma que quiere dibujar sombras, ¡cómo fulgura a ratos de amor! A veces, la ternura se le escapa del pecho y oís su voz conmovida, y veis sus ojos iluminados por resplandor de bondad.... Y entonces, sus perros pingosos, esqueléticos, dejan de ladrar y añoran caricias olvidadas de amitas muertas, anhelan amores...... Y entonces los perros Soiza Reilly sonríen como ángeles....

AMOR.

Como Dios, en su fiebre creadora, abandonó el cielo para crear los mundos, así el hombre, por artes divinas del Amor, crea en la tierra, el cielo. Todo hombre que ama lleva en derredor suyo un áura de cielo que le envuelve, le protege y le eleva.

Es por el Amor que conocemos anticipadamente el cielo. El hombre que ama trae a la tierra una cantidad de cielo igual a la de su amor.

El hombre que ama es un creador, no en el sentido de engendrador de hombres, sino en el más elevado de creador de un mundo espiritual, de luz y de armonías.

El amor es la más eminente de las virtudes. El amor engendra y contiene en sí todas las virtudes como se contienen en un rayo de sol todos los colores y en la vasta Providencia que rige el universo todas las sabidurías.

El hombre que ama con apasionado, verdadero y desinteresado amor se convierte en hombre grande y noble. Su afán de expresión, de crecimiento, de espiritualización, le hará irradiar sobre el mundo sus fuertes y acendradas virtudes.... Y creará de este modo, el alto mundo espiritual de la Verdad, del Bien y la Belleza.

LAS COSAS FRAGILES.

¡Las cosas frágiles!.... Ellas son lo más bello de la vida. Ellas son la gracia, la delicadeza. Hay en

todas esas cosas cierta analogía con nuestras propias vidas y es por eso que las amamos tanto. Breve es su existencia, breve su esplendor, breve su triunfo.... Como los nuestros.. Y sobre sus formas bellas y graciosas vemos desplegarse una niebla de melancolía al pensar en su muerte irremediable, cercana......

Ellas son flexibles, ligeras, ingrávidas, como las flores del ensueño. ¿No es grato contemplarlas, desde cierta distancia, con los ojos entreabiertos, el cuerpo semitendido, mientras un opio de belleza satura toda el alma de sueño? Ellas se balancean, giran, bailan, se diluyen, se mueren. Viven en la tierra, en el cielo, en el mar. Se mecen en los tallos, giran en el aire azul, danzan sobre el seno palpitante de la ola. Han nacido para retozar, para reirse, para ser frívolas. La nube que revuela por los anchurosos espacios pintados de aurora; la rosa que se muestra ufana en su tallo; como un beso de amor fulgurante y febril; las mariposas frágiles como pétalos de flores; el ave que hace vibrar el aire sonoro con el plectro de sus alas nerviosas; la niebla de flotantes gasas, la

ilusión.... Todas esas cosas las amamos, más que por su color y por sus formas, porque son frágiles.

¡La fragilidad, la delicadeza de la Amada! ¿Qué es ella sino una figulina de cristal? Su cuerpecito delgado, ligero, flexible, que se balancea rítmicamente; sus manecitas de nieve, con sus dedos torneados, finos; su cabecita de pájaro que sueña la inmensa tontería risueña de sus sueños; su risa loca, sus cintas, sus encajes, su almita tan blanda, de mariposa, ¿qué es eso sino la suprema fragilidad? Viéndola tan graciosa y feliz, ¿no se siente pena al pensar que han de fenecer su felicidad y su gracia?

Las cosas frágiles realizan la conquista de los hombres fuertes. Amamos las flores y las mujeres por su delicadeza y fragilidad. Dejaríamos de amar las estrellas cuando, al acercarnos a ellas, si pudiéramos, dejaran de ser de cristal. Las mujeres se ven más interesantes cuando un halo de palidez y de muerte las circunda. La afición por las cosas frágiles han creado las diversas indus-

trias de chinerías, de lacas, de porcelanas, de joyas, de tejidos.

¿Y la fragilidad de los fémures, de las tibias, de la débil jaula que encierra el ave cantante del corazón! Cuando estamos frente a las pirámides o a las montañas, tan fuertes, tan vastas, ¿no sentimos profunda piedad, intenso amor por nuestros frágiles huesos que erigieron las pirámides, que escalaron los montes? Y el mismo corazón tan pequeño, tan delicado, cuando lo oís cantando y hablando solo de venturas y de sueños, nos os mueve también a compasión y a ternura y sentís deseos de abrazarlo, como si los brazos, al fin y al cabo tan impotentes, pudieran abrazar y defender nuestro propio corazón, eterno aventurero de la Ilusión y del Ensueño!

¡Oh, las cosas frágiles: rosa, nube, ave, estrella, niebla, humo, virgen, mujer, Ilusión! Para vosotras es mi brindis en este día...... Yo alzo mi copa de vino y bebo por vosotras, por vuestra gentileza y vuestra gracia!

¡Oh, esos brazos abiertos!

(Soliloquio de la Cruz.)

Yo era un árbol armonioso que cantaba sobre el monte.... Cantaba mi copa sonora inflada por la brisa, cantaban las ramas estremecidas por las caricias del cielo, cantaban las flores que se abrían como bocas que quisieran besar....

Yo era un árbol generoso que soñaba sobre el monte.... En mi copa opulenta los pájaros fabricaban sus nidos, y en sus nidos dejaban los huevos azules y de los huevos azules surgían los rapsodas alados de las selvas...... Bajo mi follaje, desplegado en el aire luminoso, hallaban sombra los obreros del surco.... El jugo agridulce de mis frutos calmaba la sed de los caminantes y mis cálices florales se volcaban en amoroso delirio so-

bre los pechos fatigados.... Era el anhelo de mi vida cantar y amar....

Cuando a la hora del alba abríase sobre el oriente de plata el abanico de las luces comenzaba a elevarse de mi seno inquieto el himno sacrosanto del gozo de Dios....

Subía el sol, aleteaban las auras, y mi canción sonaba más fuerte sobre el silencio augusto de los campos...... Fué mi triunfo el triunfo de las almas solitarias y encendidas!

Huracán desplegó un día sus aletazos furibundos sobre la plácida existencia de los campos.... El monstruo suelto en carrera loca destrozó el vestido oloroso de la selva y abatió el alzado bosque de lanzas......

Yo era un árbol armonioso y generoso que cantaba sobre el monte.... Hasta mi retiro en la aérea galería de la cima llegó el arrebato destructor de Huracán...... En un vertiginoso revuelo, de un negro aletazo, violó mi túnica soberbia de flores perfumadas, y de otro negro aletazo mutiló el arpa sonora de mi pecho cantor...... Después, subido el

cuervo sombrío sobre mis ramas se complació en triturarlas con sus dientes acerados.

Yo era un árbol armonioso y generoso que cantaba y amaba sobre el monte...... Hoy soy una cruz levantada sobre un campo en desolación.... De mi hermosura sólo dejó el voraz Huracán un tronco alzado y dos desnudas ramas horizontales.... Hoy soy el símbolo de la Redención y del Amor...... A mi pie se arrodillan los peregrinos del Dolor y suben hasta mí el incienso y las oraciones de los pechos fervorosos. Yo les doy en nombre de Aquél, que a mí se abrazó en Jerusalén las prendas más valiosas de la vida: la esperanza y la paz.

Yo soy el árbol generoso que clama sobre el monte con los brazos abiertos. Yo velo el paso de la Humanidad, fatigada y sudorosa.... Y si a la hora postrera ella vacilare, yo, con los brazos desmesuradamente abiertos, me adelantaré a su caída, y juntos subiremos hasta las puertas de oro, hasta los dinteles venturosos de la gloria inmortal.

El triunfo del espíritu

Por las vastas estancias azules se revolvía airado y terrible el Padre Sol. Por su ojo único despedía un torrente de rayos de fuego que incendiaba el espacio y quemaba la Tierra. Las nubes, ruborosas y tímidas, habían ido a esconderse detrás del horizonte. Hasta las montañas altivas parecían haber abatido sus frentes. Y nada podía apaciguar la cólera roja del Padre Sol.

"¿Qué habrá podido encender de ese modo las iras de nuestro buen Padre?"—se preguntaban, en íntimo coloquio, las montañas y las nubes en las apartadas lindes del horizonte.— "Será, acaso, la conducta indigna de los hombres que han destrozado los jardines de Europa y roto los corazones de diez millones de hombres? ¿Serán las bromas de ese vagabundo del mar que no cesa de

reirse del Sol, diciéndole: 'Padre Sol, no alardee de juventud, que ya sabemos que eres viejo y que estás cansado, aunque te pintes el cabello de oro y te tapes tus arrugas"......

Todos los seres de la Creación hacían conjeturas sobre las causas de la cólera del Astro; pero careciendo todos del don de la adivinación, no daban con la verdadera causa. Y los días se sucedían, angustiosos, y la cólera del Padre no pasaba. Por las tardes, al retirarse a su cámara imperial, se mostraba rojo de ira, mirando con fiereza todas las cosas. Del cielo llovía fuego sobre la Tierra. El aire parecía una cortina de llamas. Los pajarillos, a poco que volaban, abatían sus graciosos giros y cerrando sus alitas de colores caían al suelo, expirantes. Y, ¡qué triste espectáculo daban los jardines! Las rosas, antes tan rozagantes y frescas, mostraban ahora sus pétalos marchitos, sus labios ardidos.

"—Padre Sol"—decían las Rosas—"mira que somos el encanto de los poetas y de los hombres exquisitos; somos el consuelo de los enfermos que con sólo ver nuestra triunfal belleza arden en de-

seos y en voluntad de vivir vida hermosa y triunfal........ Mira que sin nosotras quedarán las flores huérfanas de sus Reinas, y, ¿puede concebirse el Reino Floral sin la gloria y el prestigio de sus Reinas Rosas? Además, amado Padre Sol, nosotras te decimos, francamente, que sin las Rosas la vida no vale la pena de vivirse"......

Pero el Astro Rey no se dignaba escuchar el discurso egolátrico de las émulas de la Mujer, y seguía paseándose altivo y soberbio.

"—Padre Sol"—decía la Violeta, pugnando por vencer su timidez— "¿es posible que seas tan cruel? Hace un mes que no bebo una sola gota de agua y me muero de sed.... Ya estaría muerta a no ser por las lágrimas de la señorita Blanca...... Una mañana, hace cinco o seis días, se paseaba por el jardín muy triste.... Se sentó en este banco, junto a mis arriates y releyó una carta escrita en papel azul.... Al recitar las últimas palabras dolorosas que decían: "Nuestro amor ha muerto. Adiós," rompió a llorar y un torrente de lágrimas cayó sobre mí.... Aunque sus lágrimas eran saladas y calientes calmaron mi sed y yo también es-

tuve a punto de llorar por la señorita, pero me encontré sin lágrimas y me contenté con besar sus pies.... Padre Sol, dame un poco de agua y te daré, para tu apoteosis final, la pompa discreta y violeta de mis flores"......

Los Escopetones, erguidos en sus pedúnculos, pugnando por recobrar sus fuerzas perdidas le gritaban al Sol: "Padre Sol, tú eres un tirano. ¿Qué culpa tenemos nosotros de tus cóleras? Si no cumples los mandatos del Creador, que son de vida y no de muerte, debes dejar tu puesto para que otro lo ocupe"......

Todo el jardín era una Academia de discursos patéticos o terribles.... Las lamentaciones alternaban con las conminaciones. Las Violetas acabaron por llorar.... Los Claveles, rojos de rabia, amenazaban al Astro con volarlo, a la manera anarquista, si no dimitía en el acto. Los Girasoles, que quisieron defender al Sol, a la primera palabra que pronunciaron, recibieron una tempestad de insultos y sus doradas legaciones fueron apedreadas por los delicados Jacintos.

Pero nada podía aplacar la cólera de su Gran-

deza el Sol. A veces una nube blanca y piadosa, se acercaba a El y le decía: "Señor, nuestros senos están henchidos de agua y nuestros corazones de pena por los hombres y las flores. Las lamentaciones y protestas suben de punto y ya deben oirse en el Cielo.... Acaso no te convenga, amado Señor, que el Supremo Monarca, se entere de estas cosas.... Ya sabes que su corazón es generoso y blando".... Pero el tetrarca encendido, con su gesto despótico, ordenaba a la Nube que se retirase.. Y la Nube se volvía, pugnando por contener el cristalino torrente de sus lágrimas preciosas.

La morena superficie de la Tierra se resquebrajaba en mil puntos. Cada terrón era una boca sedienta que clamaba por agua. Los sembrados eran una inacabable sucesión de varillas ostentando sus ramas enjutas y marchitas. Sobre la tierra calcinada se alzaba el agricultor entristecido pidiendo al Cielo un poco de agua que salvase el escaso beneficio de sus largas fatigas. Las mujeres y los niños también solicitaban el regalo divino del agua.

Por las tardes salían procesiones de hombres y

mujeres que portando imágenes de celestes patricios y velas encendidas cruzaban los pueblos y los campos y arrodillados a la orilla de los ríos rezaban oraciones y letanías. Pero pasaba abril y ni una gota de agua caía del alto cielo inclemente. Se calculaban en muchos miles de dólares las pérdidas de los sembrados de cereales y legumbres.

Fué entonces que la Virgen del ardido y armonioso corazón llamó a las puertas del Padre pidiendo la limosna de un océano de agua bendita para los afligidos trabajadores del surco, y para las mujeres y niños enfermos de hambre de pan y de sed de justicia, y para las bellas flores de los jardines. Su oración fué sencilla, breve, plena de amor y de emoción. Su oración fué la confidencia del espíritu humano dicha al inmenso oído del Espíritu omnipotente y omnividente....

Un vuelo de nubes pardas cruzó el aire azul y atenuó el resplandor del Astro soberano. El espacio se tornó de color plomizo y sombras frescas se posaron sobre los campos atormentados. Un fulgor súbito trazó sobre la página del cielo la rúbrica inimitable del Gran Rey. Una voz atronadora

clarineó sobre los vastos espacios el mandato supremo...... Y de un millón de pequeñas fuentes aéreas empezó a caer un llanto cristalino de ternura sobre la tierra sedienta y los hombres afligidos. Primeramente fué gota a gota, después en hilillos ténues y luego fué como venas rotas que derramasen sobre el mundo la rauda linfa salvadora. La lluvia cantaba sobre los árboles y las flores, reía en los torrentes y en los ríos al jugar con las duras peñas. Los hombres miraban enternecidos la tierra que se tragaba el líquido y las espigas que se erguían revividas. Los niños y los pájaros concertaban giros y juegos bajo la irisada perlería de la lluvia.

"El triunfo es nuestro"—decían los Escopetones y los Claveles pavoneándose.—"el triunfo es de nuestra energía, de nuestras protestas. Si no es por nosotros que amenazamos con volar al Sol, si no es por nuestras palabras fuertes, no llueve, y ya estaríamos todos muertos. El triunfo es, pues, de la Violencia y de la Fuerza"....

"Se equivocan ustedes, caballeros"—dijeron las Rosas.—"El triunfo es nuestro, el triunfo es de las

Rosas. ¿Dónde se ha visto que, ante las Rosas, triunfen flores tan ordinarias como ustedes, Escopetones y Claveles? Nuestro prestigio, fundado en la hermosura y la altivez, vence siempre. El triunfo es, pues, de la Hermosura y el Orgullo.

"No,—decían los hombres y las mujeres de las romerías aldeanas.—"El triunfo es nuestro, es de nuestras ceremonias eficaces, de nuestras largas y torrenciales oraciones. Por la influencia de nuestros ritos, Dios abre sus fuentes. Nuestras peregrinaciones, repitiendo mil veces las palabras sagradas, son los ejércitos que rinden las más altas fortalezas de Dios. El triunfo es, pues, de nuestros ritos, de nuestras ceremonias, de las palabras litúrgicas repetidas cien veces con acento clamoroso".

Pero las mil voces agradecidas de la Naturaleza, se oían exclamar: "No, el triunfo no es ni de la Fuerza, ni del Orgullo y la Soberbia, ni de las viejas fórmulas rituales. El triunfo es de la fervorosa del corazón dolido y perfumado. El triunfo es de ella, la sacerdotisa del Amor y de la Justicia. Con su oración plena de sinceridad y de

emoción, ella rindió la voluntad avasalladora del Máximo Rey. El espíritu de la creyente, en un momento de abstracción logró hablar al inmenso espíritu supremo de energía y de amor, y su súplica fué atendida. El triunfo es de la verdadera fe, del verdadero amor. Sobre la vanidad y el orgullo de las formas y de los colores y de los grandes nombres vacíos que son epitafios de "sepulcros blanqueados" está el vuelo del Espíritu de Amor y de Justicia con alas de emoción y de fe. El triunfo es del Espíritu".

Anatole France

En la muerte del maestro:
12 de Octubre de 1924.

Anatole France, es el más grande de los escritores contemporáneos, el último griego, ha muerto. Su muerte constituye para sus devotos y discípulos, esparcidos por todo el ámbito de la tierra, un motivo de desoladora tristeza. El insigne y querido maestro ha muerto. Si los ojos no lloran porque los han secado para siempre los vientos ardorosos de la vida, el corazón llora.

Ha muerto el más exquisito jardinero de la Belleza que han conocido los tiempos modernos. Porque Anatole France—el maestro apasionado y elegante—no podemos imaginárnoslo sino sonriendo—con sonrisa de placer estético y de ironía—en medio de un jardín de rosas. Moderna-

mente, era el Petronio de la elegancia espiritual. Imaginémonoslo nuevamente en otro ambiente que le era propio: entre columnas y pórticos griegos, junto a las estatuas desnudas de las diosas, en conversación plena de inteligencia y de gracia sobre todo lo divino y lo humano.

Anatole France era Grecia más París: era la armonía griega, la serenidad griega con la pasión y el "esprit" de París. Con lo dicho basta para expresar que el gran maestro sumaba en su espíritu supremo toda la belleza moderna a toda la belleza antigua. Era griego por su amor a las estatuas perfectas, armoniosas, serenas; era parisiense por su amor a las estatuas vivientes, encendidas, palpitantes. Y el querido maestro gozó del amor de las estatuas griegas y del de las estatuas parisienses.

Muere, como Víctor Hugo, ciñendo la corona de sus ochenta años victoriosos, entre el apretujamiento de las muchedumbres de París que se empinan sobre sus talones para poner su última mirada sobre el rostro yerto del egregio apalonida. Muere cuando presidía, como Víctor Hugo tam-

bién la magna asamblea de los selectos del mundo. Porque Anatole France no escribió sino para la única aristocracia que lo es por derecho divino: la aristocracia del talento y la sensibilidad. A los otros, a las mayorías abrumadoras del circo y de la plaza, su libros se les caen de las manos. No pueden comprenderle ni sentirle.

Las ideas, al pasar por las celdillas áureas de su cerebro, se arcorisan como las gotas de la lluvia bajo el fulgor del sol. Nada hay comparable a la delicada hermosura del pensamiento de France. ¿Puede el pensamiento sonreir? Pues el pensamiento en Anatole France sonríe. ¿Puede el pensamiento adoptar la gracia cautivadora de una rosa? Pues el pensamiento de Anatole France pone en nuestra sensibilidad la caricia de una rosa.

Sonríe, sí, pero no siempre con la dulzura de las mieles. El amado maestro sonríe amenudo con sonrisa de ironía y de amargura, pero siempre con labios de belleza. Porque el amado maestro, estando como estaba en el término de la evolución humana, siendo como era supremo en inteligencia y sensibilidad, había auscultado y observado

el corazón y el cerebro del mundo, y él sabía—él sabía como nadie—la colosal cantidad de crueldad, de torpeza y de tontería que hay en los hombres. Y la ironía, fina pero castigadora, fluyó de sus labios y cristalizó en los treinta panales de miel rubia y agridulce de sus libros. Los dardos de su ironía van a herir las instituciones tenidas por los hombres como más respetables: el ejército, la magistratura, las academias, la iglesia, la política. Su perspicacia agudísima rasgó los velos tras los cuales se ocultan los ídolos falsos, las formas vacías, los "sepulcros blanqueados". En el espectáculo trágico y cómico del mundo el gran escritor descubrió dos inconmensurables formas oscuras: la crueldad y la estupidez. La historia es un espeso tejido de crímenes; la política, estadio donde pugnan las más torpes pasiones. Vió que los ricos explotaron siempre a los pobres y que los pobres crucificaron siempre a sus maestros. En "La Isla de los Pingüinos", el maestro nos ofrece una sátira de la historia de Francia y, en general, de la humanidad. El origen de la propiedad, de la monarquía, de las grandes casas nobles; el

fanatismo y las supersticiones religiosas; la vanidad y estolidez de militares y políticos; la torpeza del pueblo, siempre cruel e incomprensivo; toda la historia, en fin, el maestro nos la presenta en sátira, en caricatura, a brochazos fuertes y amplios.

Pero si Anatole France ha sido un juzgador severo del mundo ha sido también un corazón inclinado siempre a la bondad y a la indulgencia. ¿Quién más bondadoso e indulgente que el señor Bergeret? Y, el señor Bergeret es el más importante quizás de los tipos creados por France. Humanos y comprensivos son igualmente el abate Jerónimo Coignard y el académico Silvestre Bonnard. Quien lea a France no olvida jamás sus personajes. Son hombres que viven y sienten, hombres de carne y hueso. Llega uno a amarlos; llega uno a emocionarse y a conmoverse con ellos. Son hombres sencillos y apacibles. Son filósofos bondadosos y benévolos. Contemplan serenamente al espectáculo del mundo y sonríen con indulgencia a todas las flaquezas y errores humanos. Hablan con amenidad y discreción de todas

las cosas. Por sus labios fluye,—río de oro,— en los diálogos, la soberana inteligencia de su creador. Y, de cuando en cuando, una ironía fina vuela a clavarse en las formas engañosas de ésta o aquella respetable y augusta institución. Pero lo que triunfa siempre en ellos es la tolerancia y el perdón como si creyeran que de los hombres no puede esperarse demasiado.

Anatole France, el amado maestro, ha muerto, pero su espíritu seguirá presidiendo la innumerable legión de sus discípulos y admiradores. Por su amplio gesto humanitarista se captó la adhesión del proletariado internacional. Por su incomparable elegancia espiritual conquistó el mundo de los intelectuales y los estetas.

En la muerte del insigne Anatole France está nuestra tristeza; en su glorificación está nuestro gozo y nuestra esperanza. Ambicionamos la paz y la felicidad para todos los hombres en un amplio ambiente de fraternidad y comprensión. ¡Lo que ha contribuído France con su literatura a que el gran día amanezca! El, como Barbusse, como Romaín Rolland, como Wilson, quiere abolir esa

afrenta humana que se llama la guerra. El quiere difundir luz sobre los pueblos conturbados y doloridos. Cuando el gran día llegue Anatole France tendrá una inacabable vendimia de flores de gratitud y de amor.

Se nace idealista

Se nace idealista o no se nace. Ni la educación ni el medio ambiente hacen a uno idealista. La educación y el medio pueden influir en el hombre, pueden levantar su corazón y su conciencia, pero no crean, por sí solos, al tipo idealista.

La celeste pragmática idealista viene escrita, al nacer el hombre, en lo más recóndito de la célula nerviosa. Esa es la única causa por la cual algunos hombres aman lo bello, lo bueno, lo verdadero y lo justo en tanto que otros—la mayoría—viven y mueren indiferentes ante esos conceptos. El amor que yo tengo al cielo azul, por ejemplo, no me fué enseñado por los libros ni por los maestros; ese amor nació conmigo, se manifestó en mi niñez, se arraigó en el curso de mi vida. Mis ner-

vios ópticos percibieron la belleza del azul, sereno, puro, infinito.... Le percepción de esa belleza era fuente de gozo para mí. Así fuí contemplativo. Mis ojos devoraron la hermosura de la Naturaleza. Busqué la quietud porque la quietud favorecía mi contemplación. La quietud y la contemplación me hicieron reflexivo.

Contemplé y reflexioné. Me afirmé en la verdad de que Naturaleza es demasiado hermosa para pasar ante ella indiferente. Y luego el Arte!.... Pensé que una vida dada completamente a la acción no era perfecta. Me pareció que una vida sin contemplación era como un cuerpo sin alma, como una sucesión de notas sin sentido melódico. Un hombre dedicado exclusivamente a la acción se muere sin conocer el escenario donde se desarrolló su drama. Bien es verdad que en una vida de acción exclusivamente no hay drama. A lo más es un drama monótono, común, vulgar, repetido continuamente en la Historia y en la vida cotidiana. El drama de Napoleón es el drama de Carlomagno, de Gengis-Kan, de Aníbal. Pero el drama de Lamartine, es distinto al de Víctor Hugo,

al de Leopardi, al de Jesús. En el drama de un contemplativo el escenario es el universo, el héroe es su propia alma y la trama está en la interrogación de esa alma y en su ansiedad ante la eternidad y el infinito. En el drama de un hombre de acción el escenario es el Banco en que trabaja o el país en que domina, el héroe es él, su personalidad física —su astucia, su habilidad, su agresividad,—y la trama está en la sangre que derrama o en los millones que amontona. La vida de un Napoleón es una vida vacía, vacía para el espíritu. La vida de un Jesús es un Himalaya de emoción, de verdad y de belleza.

Se nace con sensibilidad o no se nace. Si se nace con sensibilidad se es bueno, sensitivo, artista, justo, sufridor de los males del mundo y gozador de la hermosura de la creación.

II

El idealismo es aire, luz y cielo para algunos espíritus. Es el ambiente natural en que se mueven. El idealismo es la divinización de la vida, es la exaltación de todas las grandes cosas del mundo.

El idealismo es la afirmación suprema; es la afirmación de las afirmaciones. Ante la Verdad, ante la Belleza, ante la Justicia, ante el Bien, el idealista dice siempre: "Sí"; la turba materialista y cruel dice siempre: "No". De esa oposición eterna y trágica surge una cruz o una hoguera.

El idealismo es un ala. El idealista estará siempre en la realidad, pero por encima de ella. Los materialistas, los prácticos, le gritarán que está fuera de la realidad porque no se arrastra sobre ella. Tú, querido lector, sufres la realidad, la sientes en tu corazón y en tus nervios. Ella te hace padecer y llorar. ¿Quién puede estar más en la realidad que tú que la lloras y la padeces? Pero la turba te dirá siempre que estás fuera de la realidad. Estás para la turba fuera de la realidad—repitámoslo—porque no te arrastras en ella, porque estando en ella estás sobre ella, y quieres elevarla hasta la excelsitud de tu idealismo. Estás para la turba fuera de la realidad porque no te pliegas y sometes a ella sino que aspiras a hacerla de nuevo, a recrearla con tus manos divinizadoras, de dios idealista. Es inútil que discutas, que clames,

que demuestres, que estás en el corazón mismo de la realidad. No te creerán. Te sonreirán con lástima o con burla. Te declararán fuera de la realidad. En ese ostracismo te retendrán toda la vida. Es inútil que trates de vindicar tu puesto dentro de la realidad. La sentencia de eterno exilio no te será levantada.

Te condenarán al exilio. No esperes tampoco que te disciernan el sitio que te corresponde en la excelsitud, en la morada de los dioses. No te enviarán al Olimpo ni al cielo; te enviarán al Limbo de la indiferencia y el olvido. Y la indiferencia y el olvido formarán la cruz en que tu idealismo padece y expira.

III

Yo no me avergüenzo de mi idealismo. Mi idealismo es mi escudo de fortaleza y mi estandarte de gloria. Mi idealismo es el ornamento, la gala suprema de mi vida. Mi gran humildad y mi humilde grandeza se las debo a mi idealismo. Yo soy hechura de mi idealismo. El que yo represente poco en este mundo de tahures y de truhanes y el

que yo intrínsecamente valga mucho, se lo debo a mi idealismo. Mi idealismo es mi religión, mi política y mi vocación.

El idealismo es la estrella polar del mundo moral y espiritual. Hacia ella enfilo yo la proa de mi barca . La barca de mi vida va por la ruta que le trazan mis aficiones. Yo vivo conforme a mis inclinaciones; no quiero contrariarlas. Debiera decir más bien que no me atrevo; no me atrevo desfigurar mi íntima naturaleza; no me atrevo alterar la esencia de mi sér. ¡La esencia de mi sér! ¡La nota profunda de las más recónditas fibras de mi organización física! Es la naturaleza divina revelándose a través de la materia. Dios mismo pone su voz en la modulación de esas cuerdas nerviosas. Y esa voz dice bondad, justicia, belleza, amor.

Contra eso que es sagrado y divino yo no puedo ir. Contra eso que es mi yo—mi yo victorioso e imperioso—yo no puedo estar. No admito en mi vida más dictador que Dios. Pero mi Dios me reveló su pragmática en mis inclinaciones que es-

tán escritas en mis íntimas fibras. Conforme a esa pragmática vivo.

Yo vivo mi vida conforme a mis aficiones contra el mundo y apesar del mundo. Yo quiero hacer de mi vida mi medalla. En esa medalla está mi busto en alto relieve, en líneas fuertes e irreductibles.

Yo creo que cada hombre debe hacer su vida. Generalmente la vida de los hombres no es su obra sino la obra de los demás. Muy pocos hombres son señores de su vida. La generalidad vive como viven los otros por la única razón de que los otros viven así. Para mí "los otros" son "la nada" porque no existen.

Mi vida es como yo la veo y nó como la ven los otros. Yo, a mi vida, la veo de dentro para afuera. Los otros mi vida la ven por fuera. Mi vida por fuera está quizás muy lejos de ser un "sepulcro blanqueado", pero mi vida por fuera no es como es por dentro.

De lo que un hombre piensa y siente solamente una parte pequeñísima se trasluce al exterior. Nuestros cuerpos debieran ser de cristal en vez

de tejidos espesos y oscuros. A través de ese cristal podría verse el alma aleteando como un pájaro prisionero. Alma-pájaro prisionero con plumas azules de ensueño, rojas de amor, verdes de esperanza, grises de melancolía.

Como yo soy en mi íntima naturaleza nadie es en el mundo. Yo no soy inferior ni superior a nadie, pero soy distinto. ¡Soy distinto! ¡Soy único!

En el gran desfile de las sombras hacia lo Desconocido yo tengo lineamiento propio. Creo no repetirme en la eternidad. Si es verdad lo de las reencarnaciones, seré yo mismo que vuelvo. Mi espíritu modelará en el barro humano sus líneas irreductibles, su medalla eterna, su gesto de resignación y de ansiedad.

Voz solemne

En las horas avanzadas de la noche grato es oir lejanas voces amigas que vienen a acariciar el oído. Acallados por el Sueño el estrépito de las calles, la vocinglería de las plazas, el rumor de enjambre de las casas, suena en el aire de la noche la voz magna y solemne de la Naturaleza...

Allá, en la montaña, acodados en la ventana, oímos, en el misterio de las horas oscuras, la voz cascada del río que corre junto al pueblo. Acá, en la costa, cuando paseamos por las galerías, tomando el fresco de la noche estrellada, oímos la voz estruendosa de las aguas del mar.... ¡Cuán imponentes suenan esas voces en el silencio de estas horas!

De día, cuando hay ruido en torno nuestro y en el alma preocupaciones, no hemos oído nunca es-

tos acentos solemnes y graves. Y es que la Naturaleza se inhibe cuando el hombre habla. El Hombre es el eterno contradictor de la Naturaleza...... El Hombre, seducido por las añagazas y coqueterías de la Civilización, abandonó las estancias serenas y claras de la Naturaleza. El divorcio vino como una consecuencia lógica. El Hombre comenzó la orgía desenfrenada de la Civilización.... Y desde entonces su vida ha sido desordenada, artificial, absurda.

Naturaleza, desdeñada, se recogió sobre sí misma, y plena de dignidad, vivió su vida, pura y sosegada, en los sitios apartados, en los parajes olvidados, bajo la mirada azul de los cielos. Su voz sólo se escucha en el desierto, en la orilla solitaria del mar, en las estancias desoladas de la selva.. Siempre lejos del Hombre. Unicamente, de tarde en tarde, algún hombre privilegiado, algún espíritu amigo, selecto y discreto, acierta a oir, en la soledad, los acentos armoniosos y graves de la Naturaleza.

Y esta voz es de un valor incalculable. Muertos los profetas, desaparecidos los apóstoles y los

iluminados, toda comunicación es imposible ya, entre el cielo y la tierra. Rotas están ya, para siempre, las antiguas cordiales relaciones entre el Hacedor y sus criaturas. Elías y el Bautista han muerto; Jesús no ha vuelto a la tierra; los hermanos y amigos nuestros que se van tampoco vuelven.... La escala de Jacob no pende más de los balcones cerrados del celeste alcázar.... Por los horizontes no asoma la faz radiante de la Esperanza.... Bajo los cielos anchurosos no suenan ya las cálidas voces de la Inspiración.

¿Hacia dónde han de volver sus ojos las almas conturbadas?—Hacia allá, hacia las estancias del Silencio, hacia los parques de la Soledad, donde la Naturaleza deja oir sus voces imponentes y exultantes. ¡Ella es ya la única que puede hablarnos de Eternidad!

En las horas dormidas de la noche, acodados en la ventana, o paseando por las frescas galerías, escuchamos las viejas sonatas del mar y del río.. Serenatas son estas de los viejos amigos leales, el río y el mar, que suenan eternamente en la noche del Tiempo. Eterna es, también, la ansiedad en el

corazón de los hombres. Y estas solemnes voces clamantes en el silencio de la Naturaleza, son las únicas que pueden calmar la eterna ansiedad que reina en el corazón de los hombres.

Quisiéramos cruzar por la vida envueltos en un manto de sombras de noche, y que sólo llegaran al oído, en silencios augustos de templo o de cumbre, voces consoladoras de mar o de río.

La "Santa María"

¿Conocéis la "Santa María"? La "Santa María" es una flor modesta, silvestre, que decora, en invierno, el borde de los caminos de la montaña. Cuando se aproximan los días de Navidad los pequeños pedúnculos se irguen y contemplan el paisaje, interrogando: ¿"Han sonado ya las campanas de plata bajo los cielos azules?" Y cuando oyen el son metalino de las campanitas van abriéndose, poco a poco. Crece suelta y desparramada por los campos como todas las flores silvestres. Para su florecimiento no quiere límites, inundando amenudo las praderas. Crece sin tasa ni medida como llueve del cielo la gracia de Dios. ¿Podéis medir ni pesar la gracia de los cielos? Pues tampoco podéis fijar linderos a los jardines silvestres de Dios.

En la tierra hay océanos de plantas y de flores que crecen, ondulan, y se rizan bajo el viento, fuera del dominio de los hombres. Son anchos predios que no pertenecen a nadie en particular, sino que tienen el carácter de bienes comunes como el aire y la luz de la luna. Y ¿quién usufructúa estos campos que el arado no rotura y que Dios cultiva? Los caminantes, los peregrinos, los visionarios del ideal y de la eternidad.

Ved aquí la flor sencilla de la Navidad. Los pedúnculos se ramifican en cuatro, en ocho más pequeños, los cuales, a su vez, se subdividen en leves ramitas que sostienen pequeños cálices. Cada cáliz guarda un hacecillo de estambres que forman diminutas corolas de hilos de color azul claro. Esta flor, pues, se da en ramilletes, como se dan los besos del amor y las sonrisas de los niños. Todo lo que tiene alma apasionada o alma celeste se da de manera desmedida, a raudales.

Los campos verdes se motean de azul con la "Santa María". Crece preferentemente a la orilla de los caminos. Cuando el viajero llega a la montaña recibe la bienvenida que le dan las flores sil-

vestres con sus almas azules. Florecen en amplios macizos, en la fronda, y como es invierno, y hay frío en el aire luminoso, nos parece que una nieve, una nieve azulada ha llovido de los cielos en la noche serena.

Tiene olor tenue, olor de selva. Para percibirlo habéis de hundir vuestro sentido en los ramilletes frescos. Entonces sube de los modestos cálices la nubecilla invisible del perfume y se expande en el aire, y al inspirar vosotros, váse con el aire a saturar, acariciando, las entrañas escondidas de la vida.

Flor de Santa María: ven a tachonar con tus constelaciones azules mis caminos y los caminos de mis hermanos en la tierra.

Flor de Santa María: llena la onda de aire con el sagrado perfume de tus cálices, que acaricie las recónditas entrañas doloridas.

Flor de Santa María: agita al viento tu bandera de ensueño, cubre las glorietas olvidadas de los caminos solitarios, que los peregrinos descansen.

¿Quién dió a la florecilla silvestre su hermoso

nombre? ¿Quién, al mirar la flor, vió en ella algo de María y pensó en María, y puso a la flor su harmonioso nombre? Nadie podría hallar entre la caravana ida de los amados muertos, los labios que primero pronunciaron el nombre, bautizando a la florecilla.

¡Qué aciertos tiene a veces, la intuición campesina! ¡Cómo, muy amenudo, una frase, una palabra, describe un tipo, una escena, o sintetiza una página, un libro de literatura y de belleza! Si les falta instrucción y cultura a los campesinos, tienen, en cambio, agudeza, ingenio, para fijar en una palabra la vasta alma sutil de una leyenda o de un ensueño.

Acaso las generaciones rusticanas que se han ido, al ver la flor, pensaron en la imagen que ellas contemplaron tanto en sus iglesias y en sus procesiones: la imagen bella, de frente pura, de mirada honesta, de presencia modesta y sencilla, con su manto azul y la corona de estellas, que a pesar suyo, el cielo la ceñía.... Acaso pensaron en esa imagen bella, alzándose solitaria en la frialdad de los altares, o vagando en los caminos de las

procesiones, descontenta de los hombres, y perdida su mirada en el azul infinito, y de los labios fervorosos, ante la flor silvestre, brotó el nombre sonoro: ¡Santa María!

Anhelante y sosegado

Grato es dejarse ir a veces errante por el cielo y por el mundo. Errantes cuerpo y alma, sin rumbo fijo, ni más ni menos que como los pájaros y las nubes.... Errante cuerpo y alma por la amplitud del mundo, por la inmensidad del cielo. Andar, andar...... volar, volar, hacia allá siempre, hacia el horizonte o hacia las estrellas, pero sin llegar nunca. No hay camino fijo, ni hora fija...... Vamos por el éter y no hay rutas en el éter; vamos por el mundo y desdeñamos los itinerarios, y no estamos citados para hora fija, sino para ahora y para siempre por nuestra novia la Eternidad.

¡Cuán grande debe ser la tortura de la aguja imantada, siempre encadenada a la atracción del Norte!—¡Cuánto querrá ella mirar hacia el Sur, la región de las rosas, o hacia el Este, mansión del

misterio, o a Occidente, donde se alza el sepulcro del sol!

Cernerse sobre todas las esferas y volar a los cuatro vientos...... Dejar que el cuerpo se mueva, sin rumbo predeterminado, hacia donde son más dulces las fresas, más olorosa la Dama de Noche, o más lleno de gloria y de luz el paisaje.... Dejar el timón en casita y correr la aventura de zozobrar en pleno campo, en un mar de brisas, borracho de olores y fulgores.

Dejar que el espíritu vuele cielo arriba y cielo abajo como si fuera el dueño y señor de esos dominios estelares, y dejar que pernocte si a bien lo tiene en Sirio o en Venus.

¡Oh, la voluptuosidad de dejar el camino real y coger uno por su cuenta el pasto o la selva y caminar hacia allá, hacia lo desconocido!.. Y lo desconocido es amable y dulce para el que le busca con amor.... ¡Qué de cosas nunca vistas y de bellezas nunca imaginadas: tras la tapicería de los juncos la desnudez de las rocas, tras el torso de las rocas la perlería de las cascadas!.. Aquí un abismo que invita a morir, allá la lejanía envuel-

tata en velo azul, más allá, desparramados por la llanura cien caminos que van hacia cien corazones...... Y por todas partes el silencio, la soledad, el misterio......

Y que a gusto se pasea el alma por estos anchurosos recintos, bulliciosa y expansiva, como un pájaro empenachado de plumas y vestido de colores!

Almas errantes, almas de los peregrinos, almas de los poetas, de los visionarios, de los profetas: vosotros sois un desfile de cóndores que pasa aleteante por la Historia; vosotros encarnáis el alma del mundo, delirante y soñadora, dolorosa y exultante!

* * *

¡Oh, el gozo de noctambular bajo la luna! Sosegada la mente, sereno el espíritu y aleteante todo de ventura sobre ondas de brisas...... No quiero que nada me preocupe...... Soy mío, sólo mío en la dicha suprema de esta noche divina...... Sí sólo mío soy esta noche.. No te den celos, Dilecta mía, déjame gozar una vez tan sólo de este egoísmo supremo de ser todo mío, libre de todo, hasta de la

gloria de tu amor, que es también una tortura...... ¡Sólo mío y me gozaré esta luna incomparable de Febrero!

¡Qué dulce y qué amable y qué casta y qué amante es la luna! Luna mía, lunita mía de plata, princesa blanca de la Noche, hermana melancólica de las almas; yo te amo, porque tú eres paz y ventura, porque tú eres rosa blanca sin espinas.... Déjame reposar sobre tu pecho armonioso la tempestad de mi cabeza!

Y a tí, Dilecta de mis sueños, no te den celos mis amores con la Luna, porque yo no soy de la Luna, sino que la Luna es mía, y yo soy mío........ y tuyo!

Del vivir eterno

¡Pobres viejecitos! Ellos son la vida huérfana de sangre, de alegría, de fuerza, de luz, de colores.. Ellos son la vida que se esfuma, que se escapa, para prender de nuevo ¡oh, la eterna epifanía de la Vida! en los vientres fecundos. Diríase que es la vida mariposa que revuela eternamente de una en otra rama, de uno en otro vientre, de uno en otro corazón.. El calor huye de la sangre, la luz se apaga en el cerebro, la vibración se duerme en los nervios, la alegría fenece en el corazón...... Y en el pecho generoso y caliente, en el pecho, caja de música de los amores y de las canciones, no resuena ya exultante, victoriosa, la voz del espíritu...... En ese pecho caduco, que cantó, que clamó, que resonó prepotente, sólo se oye ahora la voz cascada y grave de la muerte...... En ese templo de la

Vida, hay entablado un pleito.... Es demandante la Muerte y reivindica los viejos trastos que a la Vida sirvieron para lucir triunfadora y galana bajo los cielos azules y en los caminos armoniosos de la juventud. ¡Oh, los huesos secos, los músculos flácidos! ¡Oh, los restos amados de los seres que fueron nuestros ídolos, nuestra adoración! ¡Oh, los pétalos yacentes de las rosas que fueron arquetipos de la gracia, fuentes de inspiración!

De antemano sabemos hacia qué lado se inclinará la balanza en el pleito de las Parcas........ La tumba hablará elocuente......

¿Por qué la tradición y la fantasía y el arte han pintado a la Muerte flaca, hueca, débil? No, la Muerte debe pintarse como es, robusta, tentacular, monstruosa.... y audaz porque sus golpes los asesta con frecuencia en las avenidas donde la Vida se manifiesta más vigorosa y espléndida.. Y su negra boca no se sacia nunca...... ¡Oh, tumba comilona! Pero hay algo que tú no logras tragarte, que no logras apresar entre tus fauces obscuras. Tú te apoderas de las ruinas de las escul-

turas soberbias, de los restos del banquete, pero lo otro, que es todo, eso que es armonía, luz, gloria, eso que es espíritu, la mariposa voladora y fugaz, eso no logras apresarlo, porque en sus giros se te escapa siempre, y vuela alto, alto.... que no les gusta a las mariposas la obscuridad ni la tristeza de tu prisión.... Y la mariposa del espíritu vuela muy alto para girar en torno de su estrella y bañarse en su luz y abrasarse en su llama.... Las estrellas son las tumbas del espíritu! Por eso yo cuando envuelto en la soberbia túnica de la noche por los campos paseo, no busco mi tumba, la tumba donde reposará mi grandeza en los campos que piso, sino en las estrellas que miro.... Y me pregunto estremecido, entre las sombras y ante el misterio circunstantes, en qué estrella irá a posarse el ala voladora y ansiosa de mi esíritu, en qué estrella se emplazará mi tumba gloriosa....? ¿Será en Marte, será en Venus; será junto a la Cruz del Sur?

¿Tumba, he dicho?—No, he debido decir cuna, porque allá en esos puntos luminosos adonde va el espíritu a recomenzar, debe oirse más fuerte,

más precisa, más insinuante la voz del Padre, que dice sin cesar: "Levántate y anda".... Y así va de una en otra estrella, de una en otra vida, la mariposa del espíritu escapando en sus giros a la hoz de la Muerte, que siega sólo huesos y sombras....

Henri Barbusse

Para mi hermano Gabriel,
recluta de la guerra.

Quisiéramos nosotros conmemorar la fecha del armisticio con un artículo sobre Henri Barbusse. Quisiéramos que con las campanas de las catedrales que en todo el mundo celebrarán el aniversario del fausto suceso, resonase también como otro bronce de gloria el nombre de Henri Barbusse. ¿Quién es Barbusse? ¿Qué ha hecho Barbusse para merecer la estimación del mundo? Barbusse es el literato de la guerra; sus obras escritas después de la guerra son la protesta más sincera y apasionada que puede lanzarse contra el enorme crimen colectivo de la guerra. Porque Barbusse fué soldado, fué un soldado de fila y de trinchera; sobre él llovió la fría y larga lluvia del invierno

norteño y la ardiente lluvia de las granadas; cruzó él las cortinas de fuego en el asalto a a la trinchera enemiga y durmió lar gas noches negras sobre el fango. Su literatura posterior a la guerra es la protesta que surge cálida y elocuente de unos nervios delicados y sensitivos de poeta, de un cerebro fuente del pensamiento claro y sencillo, de un corazón que presiente que la vida es buena y bella y los hombres la hacen horrible.... Sus libros están teñidos con la sangre de sus heridas apenas restañadas. No se crea que estos libros los ha escrito el gran artista para hacer obra de arte, para crear belleza, para lucir la galanura de su espléndido talento.... No; Barbusse en esta labor literaria ha desechado la teoría del arte por el arte—propia de los pavorreales literarios—para abrazar la noble doctrina del arte por el progreso, del arte por el Bien. ¿Lo diremos de una vez? Estos tiempos que corremos tan llenos de dolor, de incertidumbre, de escepticismo, no son los más propios para devanear por los campos de la imaginación sin más fin que coger bellas flores para nuestro regalo y ostentación. Estos tiempos son de la-

bor. El escritor, el poeta, el artista han de hacer labor fuerte y honda. ¿Qué es lo que ha de salvar al mundo de futuros horribles cataclismos como el que acabamos de pasar? Claro que a nadie se le ocurrirá decir que esa salvación está en el comercio ni en la industria que si son factores de progreso material no evitan la guerra sino que la provocan; nadie dirá tampoco que el remedio está en las religiones positivas en las cuales ya nadie cree.... La salvación del mundo—hablamos de la salvación de aquí abajo que es la que nos apasiona—está en el Pensamiento. La moderna cruz salvadora la forman estos dos factores: la escuela enseñando a todo el mundo a leer; el pensador poniendo en el libro y en el periódico la Verdad, la Verdad grande, la Verdad de la Vida; le Verdad sencilla y profunda de Dios. Y nadie mejor que el artista para decir la palabra de verdad que él, con su genio, puede hacer encantadora.

Pues bien; esta ha sido la labor de Barbusse, el gran escritor a quien queremos honrar hoy; labor, no precisamente del arte por el arte, sino del arte por el Bien. Víctor Hugo, campeón de la teo-

ría del arte por el Bien, si viviera, estrecharía hoy con fervor las nobles manos del autor de "El Resplandor en el Abismo."

Ya hemos dicho que Barbusse fué a la guerra como soldado; pudo el insigne hombre pedir exención por su salud delicada; pudo quedarse en el servicio oficinesco de retaguardia por sus aptitudes; pero el socialista sincero que hay en él no quiso reclamar privilegio alguno, y el poeta quiso ver el horrible cuadro para luego describirlo y hacerlo odioso al corazón conturbado de los hombres. De aquel volcán de metralla surgió, doloroso y fuerte, el libro titulado "El Fuego". Es el relato más verídico que se ha escrito del gran crimen inútil, como que fué vivido, "agonizado"—perdónesenos el disparate en gracia a la expresión—por él, minuto tras minuto, en inacabable espera de la muerte libertadora.

El libro tiene por subtítulo "Diario de un pelotón", y está dedicado " A la memoria de los camaradas caídos junto a mí en Crolly y sobre la cota 119—H. B."

Se respira en todo este libro un ambiente de

perfecta camaradería. Barbusse, el espíritu artista, culto, selecto, fué el camarada benévolo y jovial de sus toscos compañeros: su don de adaptación es sólo comparable a su potencia para el sufrimiento.

En este libro Barbusse describe minuciosamente y con absoluta precisión la vida en las trincheras y en campo raso bajo el fuego infernal de los obuses. Lo que hablan, lo que hacen, lo que sueñan, lo que gritan, lo que lloran, lo que dicen al morir con el vientre abierto sus compañeros de escuadra y de compañía, Barbusse os lo cuenta. El rudo trabajo abriendo trincheras y caminos en la tierra; las marchas forzadas interminables que amenudo resultan inútiles cuando en las sombras de la noche o en la niebla se pierde el camino y los soldados se sienten morir de cansancio; el fragor de los obuses, de los torpedos, de los shrapnells, los muertos en las más espeluznantes actitudes, el grito del compañero que sube quince pies por el aire, con los brazos abiertos entre la llamarada del obús; los cohetes multicolores que en la noche alumbran la vasta tragedia, todo eso os lo pinta

Barbusse en su libro terrible. Hay momentos en que tenéis que suspender la lectura; una honda congoja os sobrecoge; no comprendéis, no podéis comprender como todo eso es posible; os preguntáis ¿cómo es posible que el hombre, de huesos tan frágiles, de músculos tan débiles, de nervios tan sensitivos, haya inventado para matar al hombre estas máquinas tan formidables y destructoras?

Otros libros ha escrito Barbusse además de "El Fuego" en que pone de manifiesto el enorme error de la guerra. Aspira él a hacer "claridad" en el mundo. En otro artículo diremos algo más de la eficaz labor de Barbusse, condenadora del gran crimen inútil.

II

El nombre áureo de Henri Barbusse quedará perdurablemente unido al recuerdo sombrío de la pasada guerra mundial. Las generaciones futuras, al estudiar la historia de estos últimos años de guerra y de crisis, no comprenderán el hecho oscuro de la tragedia sin leer su gran comentario: las obras de Barbusse.... Barbusse es una acota-

ción escrita con sangre al margen de la página negra de la guerra mundial.

Barbusse es el último profeta: arde en su pecho el fuego de la inspiración salvadora; le exalta la verdad que el cree y predica; su acento férvido y apasionado llega clamorosamente a nuestros oídos; su figura austera, severa y admonitiva se levanta ante el mundo sobre la base que forman los cráneos rotos, los fémures y las tibias de diez millones de muertos. Barbusse es el Isaías del siglo veinte. Diríase que el vasto incendio que alumbró la matanza refugióse en el pecho egregio del escritor para surgir después en una eclosión de aurora: la aurora de la Verdad.... El fuego asesino se purificó en la fragua de su gran corazón y volvióse fuego de pasión. Ahí estriba el éxito de la obra literaria de Barbusse condenadora del enorme hecho sombrío: en la pasión que mueve su palabra y su pensamiento.

Ya hemos dicho en nuestro anterior artículo sobre Barbusse que él fué a la guerra voluntariamente, para contemplarla de cerca y escribir después su condenación. Su propósito lo ha realizado:

ahí están, encendidos, sangrientos, sus libros: *El Fuego, El Resplandor en el Abismo, Claridad.* Barbusse es, por tanto, a más de profeta, apóstol. A su terrible palabra acusadora, acompaña un gran amor a los hombres y una decidida vocación a predicarles la palabra de verdad que ha de salvarles de futuras hecatombes.

En *El Fuego*, de que ya hemos hablado, Barbusse describe con nervioso pincel de artista, los horrores de la guerra, que él mismo experimentó como soldado de avanzada. Pero ha escrito Barbusse otro libro de más importancia acaso, que el que acabamos de nombrar; este otro libro es *El Resplandor en el Abismo*. *El Fuego* es la guerra o sea el efecto; *El Resplandor en el Abismo* es las causas de la guerra. Diremos en dos palabras las causas de esta guerra y de casi todas las guerras, según Barbusse. La guerra no la dicta el pueblo; la guerra le es dictada al pueblo, si bien es el pueblo quien la hace. La guerra la dictan los directores de los pueblos oyendo el mandato de los que están detrás de ellos, de los que lo pueden todo porque son los poderosos industriales y comerciantes

ávidos de expansiones territoriales que son nuevos mercados, y ávidos, también, de las fabulosas ganancias que deja la guerra. El pueblo va a la guerra engañado. Barbusse quiere quitarle la venda al pueblo. Quiere él hacer "claridad" en el mundo; quiere "hacer la revolución en los espíritus". No se propone Barbusse llegar a eso hablando al sentimiento; apela él a la razón. "La razón primero",—dice él.—"El sentimiento debe nacer de la idea: la idea no debe nacer jamás del sentimiento. Y no hay nada en este mundo tan bello como una emoción consciente y un amor luminoso". Como se ve Barbuse nos es un sentimentalista: Barbusse no llora sobre la vasta pirámide de los cráneos rotos. Barbusse explica, con la elocuencia que da el conocimiento profundo de las leyes sencillas de la vida humana como puede llegarse a la igualdad para todos, al trabajo para todos, a la paz para todos y para siempre. Los prejuicios, los absurdos, las mentiras, las instituciones, que hay que destruir para llegar a eso las determina el ilustre pensador.

Para difundir estas verdades hermosas se ha

constituído en París, a iniciativas de Barbusse, el grupo "Claridad". Forman parte de este grupo y de su Comité Director Internacional hombre tan célebres como Anatole France, Wells, George Brandés, Blasco Ibáñez, Sinclair, etcétera, etcétera. Esta Liga de Solidaridad Intelectual o Grupo "Claridad" se ha asignado como fin la lucha contra la ignorancia y contra los que la explotan como una industria. No ha nacido de ninguna influencia política ni nacional. Es independiente e internacional, es sincera y profundamente humana.

Ha venido a decir a todos: "Nadie debe, en la tragedia de los días presentes, desinteresarse de la vida social, de la cosa pública. Cada cual debe aportar su esfuerzo a todos, por honradez espiritual y cordial, y por interés personal, y hacer esto con un espíritu valiente y puro, insaciable y voluntario." Así comienza la alocución de Barbusse dirigida a todo el mundo desde la alta tribuna que ocupa en la intelectualidad internacional.

Otro libro ha escrito Barbusse sobre este mismo tema de la paz y de la guerra que forma ya la

obsesión definitiva de su vida gloriosa. Es una novia titulada también *"Claridad"*, esa claridad que ama tanto, que ama como la novia suprema, su genio de artista, su razón de pensador, su alma de hombre sencillo y puro. En cada página de *"Claridad"* alterna la belleza con el razonamiento. Se disputan este libro los tres grandes amores: el amor a la mujer, el amor a la verdad, el amor a la belleza. Se pone de manifiesto en "Claridad" la radiante personalidad de Barbusse en sus tres modalidades: como hombre, como artista, como pensador. Contra toda esa gloria y esa grandeza del vivir se alza la bárbara guerra.

Pero Barbusse, que ha contemplado, cara a cara, el mayor mal del mundo, la guerra, no desespera. Él es optimista. Y ¿cómo habría de dejar de serlo? ¿Cómo un idealista tan formidable—idealista en el sentido de que alienta ideales, no en el de que sueñe imposibles—dejaría de hacer nido en su corazón a la esperanza?

Barbusse tiene ya la antevisión del gran futuro. Ve por anticipado el triunfo del Bien y de la Justicia para todos. Ve "un resplandor en el abismo."

¡Cuán necesarios son en esta sociedad en que vivimos los hombres como este egregio escritor! Ellos son como un faro de esperanza en la sombra, en medio del tumultuoso oleaje de las pasiones. ¿Acaso no es el feo pesimismo lo que más abunda en el mundo? ¿Acaso no se ven por todas partes rostros sombríos, miradas torvas, frases negativas, gestos de desaliento, ademanes de desesperación? Bebamos en el fecundo y caudaloso espíritu de los grandes videntes.

A la razón vuelve Barbusse para fundamentar su creencia y su optimismo. "¿Qué es lo utópico, la razón no realizada o la aberración realizada? Lo que es lógico es realizable, y, por consiguiente, jamás es utópico. Repitámoslo: lo que es lógico, y sólo eso, se realizará".

Recuerde el mundo la guerra; se olvida demasiado pronto; recordemos la guerra y surja la voluntad de impedirla con el mismo entusiasmo y energía que ponemos al prepararla y hacerla.

Vargas Vila

Por seguro puede darse ya el viaje de Vargas Vila a nuestra América. En "*Némesis*", su revista personal, el famoso escritor expone los motivos que le traen a América. "¿Qué vago deseo me impulsa hacia esas tierras maravillosas del Sur, pletóricas de Sol?" Así con una interrogación pomposa, como todas sus frases, Vargas Vila titula y comienza su artículo, que es a manera de una proclama, de un mensaje, explicando las razones de su viaje y la forma en que lo efectuará. Vargas Vila es el hombre de las actitudes pintorescas. Ser pintoresco, ser original, aun a trueque de ser extravagante, he ahí la aspiración suprema y definitiva de este escritor...... Y la ha realizado; la ha realizado en la impresión que de su personalidad ha logrado dar al mundo; en sus libros, en su estilo, en sus ideas. Su figura se nos presenta siempre sobre un fondo de gran ciudad latina—

París o Roma—destacándose sus líneas en la luz de un crepúsculo soberbio, cultivando sus frases, esas frases que son la admiración de media América y con las cuales él se embriaga y en las que se mira con un narcisismo único, también, en el mundo...... A Vargas Vila no puede concebírsele en una actitud natural, en la actitud de un sencillo obrero de las letras y del arte, sino en una "pose" regia, extraordinaria por su decoración y por su gesto.

La pose vargasviliana, por tanto, no traiciona la patria de origen de su creador—América del Sur—cuyos Andes, Amazonas, Orinocos y Selvas tienen las mismas desmesuradas proporciones....

Y esta "pose" de Vargas Vila—digámoslo francamente—no nos gusta. ¡Cuán distinta la actitud del ilustre maestro Anatole France, sobre todo cuando se complace en pintarse a sí mismo en su gran tipo Luciano Bergeret, tan natural, tan sencillo, tan humano, tan humilde! Si France no hubiera escrito otra cosa que los cuatro libros en los cuales crea y ofrece al mundo dolorido y conturbado, la figura colosal de Bergeret, habría hecho lo

suficiente para ceñirse todas las rosas de la inmortalidad. Nosotros amamos, en literatura, esa escuela: la que busca crear al hombre natural, sencillo, humano, con toda la tragicomedia de la vida, en el ambiente auténtico de la novela realista.

De la soberbia, del narcisismo de Vargas Vila, son muestra los siguientes párrafos de una interviú celebrada por Joaquín Edwards Bello con el autor de "Ibis" y que vió la luz en el "Nuevo Diario" de Caracas.

"Nunca Colombia me perdona que yo la haya llenado de gloria";—dice, contestando a la pregunta de si no deseaba regresar a su patria—"en cambio, yo le perdono la vergüenza de haberme hecho colombiano."

"Obregón es mi discípulo. El más grande de todos los Presidentes americanos. Obregón entró en mí porque ha leído mis libros; desde pequeño se nutría en mi literatura. México entró en la etapa Vargasviliana, la Edad de oro."

A la pregunta de qué pensaba de España, contesta: "Nada. Yo me enorgullezco de dos cosas:

no escribí nunca nada de España ni colaboré jamás en "La Nación" ni "La Prensa" de Buenos Aires."

A la pregunta de si efectuaría algún viaje por América:—"No. Yo quiero tranquilidad—contesta. (Esta interviú no es reciente; Vargas Vila, ahora, ha resuelto venir a América.)—"En América tienen la manía de las conferencias y discursos; querrían que yo hablase y no sé hacerlo; las multitudes me cohiben porque soy un solitario; los solitarios vivimos bajo la luz blanca y sedante de la luna; la muchedumbre nos hiere como el sol. Como todo solitario, yo soy un silencioso, y hablar fuera de la intimidad me parece una dispersión de las semillas de mi genio arrojadas hacia terrenos estériles."

Respecto a la idea que tiene de la literatura española contesta que no tiene ninguna y dice luego refiriéndose al cultísimo y brillante Eugenio de Ors: "Ese hace un esfuerzo para pensar; se acerca al asunto; despunta. Yo enseñé a pensar a los españoles en el 1909 con la publicación de mi obra "Ibis".

"Tengo allí (en Barcelona) una torre llena de libros. Los catalanes me respetan. Cuando paso por las Ramblas oigo, tras de mí: "Ahí va Suetonio.""

"Algunos critican mi dandymo. En épocas del terrorismo yo pasaba sin miedo por los barrios bajos, como Petronio en la Suburra; los obreros me dejaban pasar respetuosamente. Es "El maestro, el compañero" decían en voz baja. Pero a mí no me agrada la popularidad."

Ese narcisismo, esa soberbia del famoso escritor, no nos place. Hay dos cosas para Vargas Vila que excluyen a todas las demás: su "pose"— su "pose" de solitario, de original, de rebelde, de libertario—y sus frases pomposas. Todo Vargas Vila es eso. Las ideas están para él siempre en segundo término.... Por sobre todo está siempre su estilo, su retórica, que él ha querido hacer únicos en el mundo por su originalidad y su magnificencia. Protestándole un amor férvido al Pensamiento, apenas puede discernirse el Pensamiento, diluído en el vastísimo océano de sus metáforas y símiles. Discípulo e idólatra de Víctor Hugo, ha

heredado la afición del gran poeta por el énfasis y la metáfora, pero no ha logrado saturarse de su espíritu, sediento de verdad y de bien, y lleno de amor y de ternura. Por eso Vargas Vila no logrará entrar en el corazón del mundo como entró,—y en él vive,—Víctor Hugo. El autor de "Los Miserables" sintió, él sólo, todo el dolor y el amor de la humanidad; Vargas Vila ha sentido como nadie la embriaguez del arte retórico y literario. Lo que va de aquella pasión a esta embriaguez es inmensurable.

Una ancha aureola de celebridad circunda el nombre de Vargas Vila, en los países iberoamericanos. Es uno de los escritores más leídos y más admirados. En las calles de esta ciudad hemos visto a un vendedor ambulante cantando los libros de Vargas Vila. Una parte considerable de nuestra juventud le da el alto título de Maestro. Y este es un dato interesante porque no hay índice más eficaz para conocer la capacidad intelectiva y espiritual de los hombres que el de sus admiraciones y maestros.

El Cristo moderno

Sobre la capital el sol fulgía como un enorme clavel de sangre. Por el cielo opaco, a través de las nubes, corría el rubor del astro, con estremecimientos nerviosos. Los débiles aletazos de la brisa traían en sus vuelos el beso cálido de la luz y el respirar afanoso de la ciudad. La ciudad trepidaba.... Los cien mil empeños de sus habitantes se sumaban en una sola nota larga, ronca, fiera........ La ciudad era un titán en lucha.... Y su jadeante respirar de fuelle atemorizaba a las aves sencillas que cruzaban el aire.

Agonizaba la tarde. El sol se suicidaba sobre el mar, y se envolvía en la clámide de su propia sangre. Terminaba el trabajo arduo. La fábrica se vaciaba.... Los obreros salían presurosos de los oscuros recintos y espaciaban sus ojos y sus pulmo-

nes por el ancho campo hasta el mar, en pleno aire. Los obreros se marchaban en todas direcciones, ligeros, como en una fuga. Iban alegres, pensando en el descanso que llegaba al fin, en la hora sedante y suave del crepúsculo. Se enternecían pensando en la noche cercana.... La noche que se ponía una flor en el pelo y se bebía unas copas de vino, o de ron, aunque fuera malo.... Vamos, todo era preferible al maldito día ardoroso, en aquella fábrica caliente, oscura, cruel, donde se suda y se suda para tener derecho a comer un bocado y beber un trago.

Manuel, el carpintero, a la puerta del taller, contemplaba el desfile. El, que era todo un hombre fuerte y honrado, se indignaba ante las desigualdades de la humana labor. Sobre el hombro del obrero descansaba la magnitud del esfuerzo social.... Y Manuel, obrero culto y sensible, meditaba mientras miraba la herida honda del sol.

"El Obrero"—decía exaltado—"es el Cristo moderno. Es el Cristo agobiado y sudoroso que carga la cruz ingente del trabajo.... El se inmola todos los días en cruento sacrificio.... Se crucifica

en aras del Progreso, por la salvación de la sociedad.... Sí, el obrero es el Cristo moderno—y repetía la comparación como si ella exaltase su alma de creyente—y los demás, los privilegiados, no son ni siquiera el Cirineo que solivia el peso de la Cruz.... Y cuando en la noche perfumada y lujuriante, enjoyada con cien mil luces eléctricas, el obrero, flaco y triste, va al café a tomar una copa, aquel ron, es el vinagre con que se mojan los labios marchitos del Cristo del Trabajo."

Manuel aparta sus ojos del sol moribundo para fijarlos en el barrio obrero junto al puerto.

"Ved sino ese hacinamiento disforme de barracas. .... Pequeñas, maltrechas, grises, parecen una parvada de murciélagos en marcha hacia la Noche. ¡Y quién habita en ellas?—El obrero, el brazo fuerte de la industria, el Cristo Moderno.—¡Por qué trabaja, quién le obliga?—Trabaja para comer, le obliga la sociedad que vende su trabajo activo, palpitante, creador, por treinta monedas: el mendrugo que le arroja el capital, que es trabajo acumulado descansando muelle en las arcas.

Y Manuel dice mirando al sol, de nuevo: "¡Di-

choso sol aquel que, estremecido de placer, contemple desde su altura, la revisión de los valores sociales! ¡Dichoso día y dichosos hombres aquellos.... ¡Ah, será la exaltación del Cristo de la Industria! La revisión es inevitable y vendrá...... La condición actual del obrero no puede prolongarse. Preciso es reglamentar la labor. Urge que se rectifique la noción que del obrero se tiene. El obrero es un hombre, y no una máquina. Un hombre que se cansa, que tiene dignidad, que tiene sus sueños. Hay que acortar la jornada diaria. El derecho a la dignidad personal es inalienable y no debe mermársele al obrero. Hay que abolir los sistemas de trabajo que le someten a vejaciones, a castigos injustificados y sobre todo, precisa subir el salario. Los artículos de consumo suben prodigiosamente.... lo único barato es el aire porque nos lo da Dios.... Tenemos que ampliar e higienizar nuestras viviendas. Nuestros niños deben ir a la escuela limpios, con zapatos. Además, hay que marchar con el mundo: tenemos que comprar libros, periódicos, y un poco de arte. Tenemos derecho a la Alegría.... Tenemos derecho a reir.... ¿por qué

no? Acaso no tenemos nervios, vibrantes, líricos.. acaso no tenemos alma, ansiosa, bullidora? Sí, ríamos.... El hombre sano y bueno ríe porque es la plenitud.... No hay nada que devuelva la salud y la energía perdida como una ducha de risa...."

"La Humanidad—continuaba Manuel con férvido entusiasmo—la Humanidad será mejor el día en que la multitud afanosa, los trabajadores del muelle y la fábrica, los estibadores de carbón, los empleados, al terminar el rudo laboreo diario, pueda marchar a un gran teatro bufo donde ría, mucho, mucho, ante las bufonadas de Arlequín, rey de la Risa y la Alegría.

Sí, es preciso que el Cristo ría, que se goce ante la igualdad humana, alcanzada al fin. ¡Ah, yo presiento en un futuro, no muy distante, la rectificación de la Vida, la exaltación magnífica del Cristo moderno! Pero, entretanto, urge un aumento inmediato en el jornal, para poder comer mañana, para no morirnos.. La huelga, única arma legítima del obrero, se impone. ¡A la huelga, pues."

Y los ojos de Manuel, el obrero culto y sensible, bajaron desde el sol rojizo, a la barriada

obrera donde clamoreaba una multitud. Fué hacia ella.

El clamoreo aumentaba y se extendía, poderoso, en torno de la ciudad que se enjoyaba para la noche y el amor...... Un instante después izóse sobre la multitud una bandera roja.

El sol, en tanto, se moría sobre el azul mar, y envolvía en su postrer mirada de fuego, el espectáculo eterno de los hombres y de las cosas....

Andanzas y meditaciones del domingo

Hoy es el día séptimo, el día sagrado de la Divinidad...... Yo soy profundamente religioso y he cerrado las puertas de mi espíritu a todas las cosas del mundo. He dejado al amanecer las calles ruidosas de la ciudad, he cruzado sus tranquilos aledaños, y he recorrido, a pie, como un peregrino, la Vía Máxima, toda pavimentada de oro de sol. He pasado junto a las espléndidas villas orladas de trinitarias y he reposado en las escalinatas límpidas recibiendo las primicias olorosas de los jardines.

Es muy de mañana y aun no se han abierto las puertas del Amor.... Mal madrugador es el divino Amor, hermano del Sueño y sobornador de la No-

che. El Amor no es el mejor amigo de la Aurora, porque la Aurora espanta las sombras y desanuda los lazos del Amor......

Yo he entrado, furtivamente, en los jardines y he hurtado un pomo de esencias para mi humilde traje de caminante. No es pecado este hurto, si se tiene en cuenta que no he tomado la esencia en el cáliz de las flores, sino diluída en la corriente generosa del aire, cuyo refrigerio es regalo de los cielos a los hombres.... Sólo una moza me ha visto, al pasar ella junto a las verjas y me ha tomado por un mendigo, que solicitaba, en el día de Dios, la limosna de los hombres.

He reanudado mi andanza por el viejo camino y me he hallado, al fin, ante el mar cantor. Este paisaje marino es más propio para la austeridad del caminante...... El suelo desnudo, la arenilla áspera, seca, sedienta, la vasta soledad, el mugido desolador del océano, la inmensidad: he aquí el refugio que conviene a los espíritus inquietos.. He paseado por las calles silenciosas y solitarias de la playa. Esta estrecha faja de tierra que linda con el mar no pertenece a nadie, es decir, pertenece al

mar, a Dios, a mí mientras esté en posesión de ella...... Yo he pensado que bien pudiera apropiarme este predio marino plantando aquí mi tienda.. Pero, después de meditar sobre este propósito de conquista lo he arrojado de mí, reprochándome mi egoísmo y vanidad.... Y me he dicho, recordando la Palabra Sublime: "Mis dominios no son de este mundo".... Es el día séptimo de la Divinidad y sólo deben ocupar la mente propósitos de enmienda y salvación....

Estoy solo. Contemplo el cuadro soberano que forman la majestad azul del cielo con la majestad azul del mar.... Hacia el cénit camina lentamente el Rey Sol. .. Va vestido de oro y a su vista, la última estrella se desmaya de amor.

La voz del mar turba el silencio. Yo escucho esta voz eterna, estruendosa, imponente...... "Hace quizás muchos siglos—he pensado—que Dios se esfuerza por revelar a los hombres, los misterios de la vida y de la muerte. Y esta voz del mar es quizás la voz de Dios que ha clamado mucho para hacerse oir de los hombres. Pero los hombres han huído de la austeridad de los parajes marinos

para sumirse en la molicie de sus villas y en el estuche enjoyado de sus jardines.... Y la voz de Dios ha seguido clamando en la soledad.. En tanto, los filósofos enflaquecían en la penumbra de sus gabinetes empeñados en soprender la silueta y el espíritu de Dios entre las letras muertas de sus infolios. Los hombres que quisieron purificar sus corazones para recibir la gracia del cielo huyeron siempre a esconderse en el fondo de los claustros.... No adivinaron que existía una soledad llena del divino Espíritu, un silencio lleno de divinas voces, donde el corazón conturbado podía hallar reposo y consolación. La monotonía de la vida monástica, la penumbra constante de las galerías, los patios cerrados, sumía sus almas en la tristeza y la desesperación. La falta de la Belleza les sacaba el áureo manantial de la inspiración y del gozo. No sabían los pobrecitos, sedientos de Verdad y Amor divino, que en todas las tierras hay un inmenso claustro lleno de luz, tapizado de azul y de oro, y abiertos sus balcones al cielo y al abismo. Y que allí, un supremo organista, un David de arpa es-

truendosa, canta salmos por los siglos ante el altar del infinito.

Huyeron los contritos de la voz del mar y de su aliento y de sus aguas saladas sin comprender que la soledad ante lo Inconmensurable agiganta el espíritu, ni que la sal conserva la pureza del corazón. Y la voz de Dios, en tanto, clamaba invitadora...... A ella se refirió Juan el Bautista cuando llegándose a los hombres les dijo: "Yo soy la voz de Aquel que clama en el desierto"...... Juan oyó la voz clamorosa del Padre en la soledad. El reconoció su procedencia divina.... Pero Juan fué a buscar la revelación del misterio en el desierto, en vez de irse al mar. En esto se equivocó el Iluminado, y por eso nos reveló solamente una parte pequeña de la Verdad: la que llega a sus débiles oídos humanos desde la lejanía del mar, a través de las vastas estancias del desierto...... ¡Ah, si Juan hubiera plantado su tienda en el mar!

Algún día, al cabo de los siglos, la Verdad le será revelada a los hombres. Y ese día será cuando los hombres ingresen en la escuela de la Soledad y guiados sus ojos ignorantes por el índice divino

aprendan a descifrar el jeroglífico vivo, clamoroso, escrito sobre esta inmensa, azul página que se llama el mar.

En los jardines espirituales de lo futuro las flores triunfantes serán la Verdad y la Belleza. Los pensadores vendrán en caravanas a este desierto del mar. Plantarán sus tiendas de peregrinos en esta tierra marina que no ha sido poseída por el egoísmo y la corrupción y recibirán del mar las viejas lecciones que fueron infructuosas por falta de oídos y corazones.

Y del fondo del abismo surgirá la Verdad.... Y la Verdad será cantada en sálmos de Belleza........ Y al fin los hombres habrán hallado la fuente cuyas aguas curan las milenarias, hondas y dolorosas lesiones del humano corazón....

Por los atrios de Minerva

Aquella noble cabeza de hombre tan frecuentemente agitada por vientos de vendabal.... "Una tempestad bajo un cráneo".... La frase de Hugo famosísima, fué más que una frase bella y feliz, fué exacta. Ese hombre que camina por la calle sereno y grave, tranquilo en apariencia, que se sienta a su escritorio igualmente grave y sereno, ese hombre siente amenudo algo como un águila aletearle en la cabeza. Bajo su cráneo flamea una llama potente y clara.... Es el Pensamiento que se inicia con un relámpago y que trepida como un trueno.... Mirad le: su mano tiembla, su pluma vibra, sus pómulos están ligeramente rosados. Es la fuerza del Pensamiento que hace vibrar sus nervios, es la llama del Pensamiento que colora su rostro. Escribe rápido, nervioso...... Diríase que

teme que le falte, de pronto, algo. Y así es: teme que la inspiración huya, que la idea quede incompleta y trunca.

¡El águila aleteante del Pensamiento prepotente y victorioso! Todo el progreso vertiginoso del mundo tiene su génesis en esta tempestad que se desencadena bajo un cráneo. La humanidad sube la cuesta de su perfectibilidad indefinida impulsada por este pujante soplo del Pensamiento. Las Academias, los Ateneos, las Escuelas, todas las instituciones, ¿qué son sino el sedimento que van depositando sobre el suelo social las corrientes siempre activas del Pensamiento?.... Este fragor de las máquinas es del choque de la materia que puso en acción y en vuelo una tempestad bajo un cráneo. Watt, Fulton, Edison, Hugo, Shakespeare, Goethe son generadores de tormentas que hacen temblar y crujir el mundo de la materia y del espíritu.... y luego la tormenta se encalma y florecen la sonrisa de la bonanza y la fruición de la aurora radiante y harmoniosa. Los gabinetes de los sabios, los cuartos fríos de los artistas, las celdas austeras de los santos son los puntos donde se ini-

cian estas tempestades a un tiempo destructoras y constructoras. A estas estancias olvidadas baja el Espíritu Santo en forma de águila de fuego y prende la mecha sobre el volcán dormido del cerebro. No hay cópula más fecunda que ésta que se verifica entre el divino Espíritu y el espíritu inquieto y espasmódico del pensador y del artista. No hay alcobas más plenas de floraciones y de renacimientos que estas estancias frías del silencio.. Sin ellas el mundo estaría lleno de hombres, los hijos del amor, pero el mundo estaría huérfano de superhombres, los hijos del Espíritu. Jesús, representación del pensamiento libre, prepotente y victorioso decía: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Ninguno viene al Padre sino por mí". Lo cual, en otras palabras quiere decir: "Yo que soy el Pensamiento libre y puro, he venido para ser vuestro Maestro. Es preciso que me sigáis y me imitéis y tendréis así la luz y la plenitud. No de otro modo llegaréis a la cumbre donde termina el hombre y donde empieza mi Padre."

A esta alta misión de generar la grandeza humana "muchos son los llamados, pocos son los es-

cogidos" como dijera admirablemente también el Hombre Luz. Por más eficaz que fuera siempre la confabulación oscura del egoísmo, de la avaricia, y del orgullo humano para adjudicar, entre el menor número posible de hombres, el solio y el cetro, nunca hubo una oligarquía más reducida que la oligarquía del talento. Hombres hay que no han sentido nunca el latir trepidante de una tempestad bajo su cráneo. Ni el cuadro grandioso y terrible de la vida, ni el misterio inquietante de la muerte, ni la influencia avasalladora del amor, ni el miraje obsesionante del arte, han logrado avivar la llama macilenta de estos espíritus. Tienen ojos y no ven, oídos y no escuchan. Si llegó a sus oídos el Verbo, no lo comprendieron. Viven en la sombra, y son pálidos como los hongos, y no se coloran nunca. La emoción ¡tan fecunda! no pondrá jamás temblor en sus manos, lágrimas en sus ojos. La pasión, igualmente fecunda, no pondrá tampoco brío en su ademán, calor en su voz, fuego en su idea, luz en su mirada.

Pasan por la vida sin dejar un amor, ni una idea, ni un recuerdo. Nadie los llora porque no

fueron hermanos de nadie, porque no estuvieron ligados a nadie por el cerebro ni por el corazón. Si son ricos tendrán el llanto mercenario de las plañideras.... Si son poderosos tendrán un fastuoso entierro oficial. Su individualidad no se distinguió por un sólo rasgo entre la masa parda de la mediocridad.

A menudo se ve que estos hombres, por un conjunto de circunstancias que les son favorables son llevados a las más altas cúspides de la sociedad. ¡Cuántas veces la corona de los hombres orló frentes que no recibieron nunca el beso de la luz de Dios! Los honores consulares, ¡cuántas veces no se tributaron a mulos de noria! Los laureles, ¡cuántas veces no han dado sombra a "sepulcros blanqueados!" Se ve entonces un espectáculo curioso: la sociedad, inconsciente, se torna un monago servil que orla de cenefas de incienso la consagración del mulo hecho hombre y del hombre hecho Dios. Y el gran mediocre exaltado se esfuerza por conservar la actitud patricia, el gesto olímpico, la sonrisa piadosa, la severa elegancia de la púrpura, pero su ademán descompasado de

tahur burla su esfuerzo histriónico, viola la dignidad de la túnica que se abre demasiado y muestra su torso más que robusto de ganapán.

Hablemos, si te place, lector...

Harto sabido es que la gran mayoría de los hombres son infelices, que lo han sido siempre, desde Caín, desde el mismo Adán, después de la caída.. Y todos los hombres, en tropel, fatigados y sudorosos, corren tras la felicidad, que siempre luce su fulgor fuera del alcance de los hombres.

En el principio los mortales fueron infelices por la desolación en que vivían, dejados de la mano de Dios, abandonados en medio de la selva, sintiendo en su desnudez el rigor de los hielos o del sol ecuatorial, y perseguidos por las fieras. Impelido por la necesidad, se esforzó el hombre en dominar sobre los elementos, en avasallar las múltiples fuerzas que conspiraban contra su vida. Pensó, medi-

tó...... Amasó la arcilla, talló la piedra, moldeó los metales, y, triunfante, se ciñó a las sienes una corona de oro.

Libradas las primeras y más recias batallas para dominar la materia; satisfechas las necesidades más apremiantes y provisto el granero, se inició el hombre en la contemplación, estudió su propio espíritu y percibió la Belleza. Advirtió el hombre que llevaba un mundo dentro de sí, palpitando en las esferas de su cerebro y de su corazón y en la red misteriosa de sus nervios. Y fueron descubiertos los reinos dorados de la Inteligencia y el Arte.

El hombre siguió su camino, de triunfo en triunfo.... Herido, sangrando, destrozado aquí el cerebro, roto allá el corazón, marcha hacia un punto desconocido en lo futuro, al que nunca se llega, pero que se advierte, cada vez más elevado y luminoso. En su bandera está grabada una palabra: "Progreso".

Ningún hombre hizo la apología del Progreso con más elocuencia que Pelletán. Quien le lea,

amará y cantará, con él, el Progreso. Hoy todas las sociedades luchan por el Progreso.

Algunos pueblos de la razas más elevadas marchan hacia él con la rapidez y el impulso de una bala de cañón disparada.

Pero, ¿quién no sabe que con el gallardo y hermoso Progreso no viene la dama de nuestros suebala de cañón disparada.

Nuestro siglo XX es el siglo de la industria y la riqueza. Los tesoros de Golconda son nada comparados con los depositados en las tesorerías nacionales de las modernas Babilonias y con el valor de sus capitolios y monumentos.

La industria ha cobrado un auge extraordinario. Cien mil grandes cosas y pequeñas cosas se fabrican hoy y se disputan la posesión de los hombres, la mayor parte innecesarias. La industria, fabricando novedades ha creado nuevos caprichos y necesidades. Nuestra vida se ha complicado en extremo. La lucha se ha intensificado en alto grado. Los hombres batallan y sufren, principalmente, por el amor a las cosas. Estas han realiza-

do la conquista de los hombres. Vivimos bajo la esclavitud de las cosas.

A pesar del mucho oro acumulado en las arcas y del mucho hollín de las chimeneas humeantes pocas veces ha llorado tanto la humanidad como en estos benditos comienzos del siglo veinte. Díganlo sino los diez millones de viudas, de huérfanos y de amantes desoladas que, en Europa actualmente, orlan con sus crespones, la antorcha del Progreso.

Somos optimistas y, según creemos en la bondad ingénita de los hombres, (creemos en que el hombre es ingénitamente bueno y que las circunstancias y un conjunto de leyes y sistemas absurdos lo hacen, amenudo, malo) esperamos un futuro quizás lejano pero cierto, de ventura para la humanidad.

Donde se observan mejor las características de la lucha del vivir moderno es en las ciudades. La falta de paz y armonía en nuestra existencia enferma el cuerpo y el espíritu. El rostro se obscurece, los ojos se tornan duros, las mandíbulas se contraen a fuerza de voluntad y de rabia. La en-

vidia y el descontento roban al espíritu su gracia y su alegría. La cordialidad huye del trato de los hombres y la sociabilidad amengua sus goces.

Acerquémonos más a la Madre Naturaleza y aprendamos la lección que ella nos da: la lección de la Sencillez. Coordinemos las excelencias del Progreso con las armonías de la Vida Sencilla.

Oremos bajo las cúpulas de los árboles, junto a las aguas benditas de las fuentes: "Madre Naturaleza, ya estoy contigo. Quiero librarme de la esclavitud de las cosas y vivir tu vida opulenta y libre en tus academias y parques. Mis luchas serán solamente por el triunfo del Bien, de la Verdad y la Belleza. Montaré la guardia a la puerta del templo de mi espíritu e impediré que sea molestado. Conservaré, a todo trance, como regalo supremo de los cielos la gracia y la harmonía de mi espíritu. Viviré contento y cantaré canciones. Hallaré la felicidad dormida sobre mi propio corazón, que es donde siempre se encuentra y no en las cosas.... La despertaré y la halagaré y entonaré con ella el himno del verdadero triunfo. Me coronaré de rayos del sol y seré sobre la Tierra ar-

quetipo del Hombre, espiritual y fuerte, sereno y efusivo.... Y proclamaré la hermosura de la Vida y la bondad insuperable del Padre. Seré sobre el mundo una afirmación rotunda y cantante...... Y tendré para todos los hombres una inmensa sonrisa en el alma y en los labios.... Amén."

Camino de la escuela

Las escuelas han abierto sus alas y la niñez ha volado al reclamo de su amoroso calor. Camino de ellas, por calles y plazas, se percibe el aleteo de los niñitos. Ellos ponen en el ambiente una nota de frescura y de inocencia, y en nuestras almas una nota de alegría.... En las mañanitas de sol y de rocío, cuando pasan esos pequeñitos en bandadas, volando por la calle, le dan a uno ganas de correr tras ellos y cogerles en brazos para oirles píar...... Y siente uno deseos de jugar con ellos sobre las yerbas plenas de rocío junto a la fronda florecida.. Y siente uno deseos de olvidarse de que es grande y serio para volverse chiquitín y alegre y correr y reir y saltar. ¡Preciosa niñez!

Ya están alrededor de la escuela.... Yo les he seguido sigilosamente, queriendo beber la risa y la

alegría que en ellos se desborda. ¡Qué envidia me dan! ¡Cómo les robaría el corazón, si pudiera! Ved aquel pequeñín blanco y rubio junto al arriate, que parece el primer rayo de sol enamorado de una rosa; ved aquel muchachote formidable que se adelanta sonriente como un dios; ved aquella niña divina que canta.... diríase la azucena del valle que entona una diana en honor de la aurora. ¡Ah! yo les he seguido...... he venido a bañarme en estas frescas aguas de candores e inocencias........ Sí, yo les he seguido.... y me he quedado, me he quedado cerca de ellos hasta que me sacie de esta alegría, de este rumor.

La campana ha tocado. Los niños corren en todas direcciones, como pájaros en fuga, riendo...... Forman filas.... unas filas largas, así como rosarios de estrellas, así como constelaciones de flores, o como cuerdas.... Y las filas se estremecen, vibran, agitadas por la rica sangre juvenil.... Vibran, cual si el sol con su haz reluciente pulsase esas cuerdas.... Ante los niños enfilados se alza la escuela, una estructura, alta, recia, de cemento gris.. Parece una fortaleza. Y ¿qué es, después de

todo—me he preguntado—que es sino una fortaleza?—Una fortaleza augusta, sagrada que tronará, que vomitará la metralla del cerebro y el fuego del corazón...... ¿Qué se forja en ella sino los cañones de la Idea, la llama del Amor? Y esos niñitos angélicos son el ejército omnipotente que en sus arremetidas tomarán los castillos de la alta Vida.¡Dichoso país éste cuya atmósfera de cristal no surca y en cuyo cielo hermoso no rompe otra cosa sino la onda azul de la risa de los niños o el canto de las aves!

Ya entran a la escuela. A una señal de la campana un piano en el interior rompe a cantar una formidable marcha.... Los niños marchan y entran, entran.... Y cuando yo les veo marchar triunfadores, con sus cabecitas en alto, radiosos, como dioses o como soles, me dan ganas de gritar alto: ¡Viva la tierra que da estos niños, viva la fuente que da estas aguas! Y es porque yo me he bañado, me he bañado en sus almas.

La escuela fulgura, hecha un astro.... Es la escuela un corazón de primaveras, donde revolotea

una primavera de corazones. ¡Oh, si yo pudiera morir, y nacer, y vivir, y volver a ser niño!

Los pequeños cantan ahora con sus maestros.... La escuela vibra, se estremece, delira. La música se escapa a chorros por las ventanas y se derrama sobre las flores.... Mil vocecitas entonan la canción de la mañana.... Oídles cantar!

"Sembremos caña de azúcar—En la zona tropical—Que hay en el resto 'del mundo—Muchas cosas que endulzar."

¡Qué divina música! Cantan en estrofas robustas, fulgurantes y terminan siempre con este ritornelo que sabe a corazón....

Sí, niñitos, sí; yo estoy en un todo conforme con vosotros: Sembremos caña de azúcar, mucha caña—en esta tierra del sol y del amor—para endulzar la amargura del mundo—y borrar la tristeza y el dolor.

Y que nuestra miel se desborde en ríos, y fecundice los corazones mutilados, las ilusiones destrozadas, los ojos apagados, de llorar!

Y que los ojos se prendan, y que las venas se

cierren, y que los labios se enciendan, para cantar y besar!

Sí, sembremos....

Y vosotros, maestros, vosotros sois los cultivadores de esa caña ¿lo sabéis? Vosotros haréis descender sobre esos tallos la lluvia y el sol. Poned en en ese suelo amor, idealismo, Verdad, inocencia, azul de cielo, flores.... Sí, cuidadlos, que ya la Vida, en corto plazo, se encargará de poner en sus corazones, la bruma, y en sus ojos, la malicia....

Sí, cuidad la caña, la preciosa caña....

De la montaña sonora

Montaña mía; claustro sagrado de las almas buenas; arcón de los tesoros más preciados de esta tierra; canastillo de flores; nido del corazón; espejo de la belleza y de la gracia: ¡Salve!

Aquí estoy de nuevo, tocando a tu puerta, pidiéndote la suave hospitalidad de tus recintos. Y tú, que tienes el corazón abierto a todos los reclamos del amor, abrirás tus puertas inmensas al paso humilde de este peregrino.... Tus puertas que son de oro y de esmeralda nunca permanecieron cerradas para el que supo desde el fondo de tus cañadas y mirando a tus balcones de cumbre, entonar en la lira de su corazón, las palabras más hondas del divino amor......

Ya están las puertas abiertas..Ya las salas lucen espejeantes.. Ya suena, en los anchurosos recin-

tos del palacio de Dios, el júbilo sonoro.... Ya está a la puerta el Padre amoroso, para recibir al peregrino...... Y yo entro bajo los pórticos de sol, y de luna y de esmeralda.... Y mi manto de polvo, todo recamado de puñaladas, se arrastra sigiloso detrás de mi tardo paso; y las hojas secas insinúan en el aire rumoroso su serenata otoñal, tan amable al oído de los caminantes....

Yo soy un monarca.... Yo soy el monarca destronado de los caminos.... Y es por eso que llevo un manto de polvo, que es de púrpura cuando el sol delirante del crepúsculo se arrastra, borracho, por los caminos.... El sol es el grande amigo de los destronados...... Porque el sol magno es destronado todas las tardes, en las revoluciones del cielo, por la noche torva y conspiradora.... El sol es el grande amigo de los destronados.... Y yo soy el monarca destronado de los caminos largos....

Mi imperial manto de polvo está todo recamado de puñaladas........ Los bandidos detuvieron mi vagar nocturno, y celebraron el triunfo clamoroso de los asaltos, bailando sus puñales sobre las combas sutiles de mi manto.... Mi cayado lo robaron y

sirvió para levantar la tienda de la orgía. Y hasta un brazo de mi cruz arrancaron para encender una luminaria en la noche del bosque. Las zarzas, también, se complacieron en traicionarme cuando descansaba en mi tienda azul y de estrellas, junto al camino.. Y la Selva, cuando se levantaba en rugiente algarada, siguiendo los consejos del torpe Huracán, se gozaba en flagelarme la carne macerada, como al más ruin de los villanos.

Sólo el Sol, mi amigo fiel, me consolaba, a veces, paseando conmigo por la orilla solitaria del mar, o por los parques olvidados.. Bebíamos, el Sol y yo, vino de belleza en su copa de oro, y después, borrachos los dos, borrachos de éxtasis, él se iba en pleno delirio a morirse tras las montañas azules, y yo me dormía junto al mar, otro inmenso borracho.... Alguna que otra espuma de ola piadosa me cubría, cuando la Luna, subiendo sobre la espesa sombra, se entretenía, maliciosa, en mirarme desnudo....

Así fué.... Y hoy, ¡oh claustro sagrado de las buenas almas! vengo a buscar el silencio sedante de tus vastas galerías aéreas, los campaniles de

tus picos, los altares de tus alcores exornados de macetas de flores y cirios de cocuyos, las lámparas áureas de tus estrellas y tu luna, y el agua bendita de tus manantiales argentados....

Voy a tí lleno de anhelos.... Ya está a la puerta el Padre...... Ya suenan las flautas.... Ya está el baño derramando el agua saltarina. Ya está el traje nuevo y el banquete sazonado, dispuestos....

Aquí estoy, contigo al fin, ¡oh montaña: arcón de los tesoros más preciados de esta tierra! Tú eres claustro, templo, posada, nido, palacio, chozil y fontana; y para que nada falte a tus excelencias sumas eres hoy tumba sagrada donde reposa el gigante del Amor y de la Luz! *

Así eres tú, y yo que soy tu hijo más humilde, quiero recoger dentro de mi pecho tu alma, para ser hoy y en lo futuro tu voz, tu grito, tu himno, tu espada, tu fulgor, tu gloria....: Y tú, que eres mansa más que todas las vírgenes, me darás tu alma inmensurable que data desde los indios hasta mí, y esa alma tuya será un grito de tempestad

---

* El ilustre y amado caudillo, Luis Muñoz Rivera.

que hará vibrar el arpa de mi corazón y el escudo de mi cerebro.

Así será....

Y tú serás la nota más sonora de mi arpa....

Y yo seré el himno sacrosanto de tu inmenso corazón....

Cartas a Jocelyn

I

Oct. 12, 1.91.

Querido Jocelyn:

Me informo por tu última carta del mucho estudio que ahora tienes, y del buen deseo y mejor voluntad con que lo tomas. Te felicito porque hagas frente a la situación con tan buen ánimo. Y también me alegro porque hayas decidido dar tregua por un tiempo a la labor literaria y a las lecturas fáciles para dedicarte a las asignaturas. Haces bien. Creo haberte dicho algo en pasados años a ese respecto. ¡Eres tan joven! Me complazco a veces en creer que no eres aún más que un adolescente—por varios conceptos la adolescencia es la más hermosa edad de la vida—y lo eres, lo sigues siendo, para mi corazón que se complace en imaginarse aquella figura fina, delgada, estilizada, llena de ingenuidad, encendida de entusiasmo,

fervorosa de los altos ideales. Y sin embargo, ya eres un hombre... Pero para mí siempre serás el hermano menor, el Benjamín, el amado. Cuando éramos pequeños nuestra madre se complacía en decir, envolviéndonos en su mirada radiante: "Estas son mis flores." Pues bien; tú sigues siendo la más lozana y alta flor del corimbo espiritual que regaba, con sus lágrimas y alumbraba con sus sonrisas, nuestra madre.

Tenía yo diez años cuando tú naciste. Desde la primera hora puse en tí un gran cariño. Yo te cuidaba. Cuando te enfermabas—y te enfermabas amenudo—tomabas en el cuarto las sopas de aceite sentado en mis rodillas de muchacho flaco. ¡Qué angustias me ocasionaban tus enfermedades! A hurtadillas de nuestra madre yo abría el ropero, me encaramaba en las tablillas y cogía el termómetro que ponía luego bajo tus axilas, ansioso de saber los grados de fiebre que tenías. Cuando el termómetro marcaba 37 C. o cuando acusaba solamente una o dos décimas sobre la temperatura normal, volvían a mi corazón de niño la paz y la alegría. Si yo intentara escribir la his-

toria de mi niñez,—que no tiene nada de interesante ni para mí ni para nadie—no podría prescindir de tus fiebrecillas.... No; ellas serían, para mí, el capítulo dilecto de mi insípida historia.

Me pregunto yo ahora porque al ejecutar aquel acto sencillo y generoso de ponerte el termómetro lo hacía a escondidas.... Vuelvo con la memoria a aquella edad, ya lejana, deslindo mi psiquis de aquel tiempo de las modificaciones que la vida puso en ella, sondeo mis tempranas sensaciones e ideas y puedo decir que era el temor de ser ridiculizado lo que me hacía actuar así. Me parecía que mis cuidados podían hacer reir a los demás...... Y sin embargo en casa todos éramos igualmente solícitos y cariñosos los unos para con los otros...... ¡Eramos tan unidos! ¡Era tan dulce, tan caliente, tan amable aquel nido! Pero, o yo no me hacía esta reflexión, o ella, de hacérmela, resultaba ineficaz.... Lo cierto es que el temor al ridículo me dominaba. Ya, a aquella edad tempranísima, tenía yo el sentido del ridículo. Supongo que con todos los hombres pasará lo mismo, pues nunca me he figurado ser una excepción en nada. Por lo que se

ve, el sentido del ridículo llega temprano a la vida humana.... Y con el sentido del ridículo el miedo al ridículo.

Y ¿quieres que te diga una cosa, hablando así, francamente, con el corazón en la mano?—Pues bien; yo abomino de ese sentido del ridículo que para la mayoría de las personas—de las personas serias, graves, respetables — es una cosa tan suprema, tan importante. Ese sentido o noción del ridículo, que es como decir su miedo, su terror, nos desfigura, nos desnaturaliza.... No podemos ser sencillos, no podemos ser naturales, no podemos ser como somos, como somos y quisiéramos ser, por miedo al ridículo. ¿Tú quieres cosa más abominable?—Es decir que tú, supongamos, eres como eres, y eres—circunstancia feliz—como quisieras ser; tú estás contento, orgulloso, de tu modo de ser; después de un cuidadoso examen de tu espíritu llegas a la magnífica y soberbia conclusión de que no te cambiarías ni por el Príncipe de Gales.... y sin embargo, querido mío, tú, siendo como eres, te cuidarás muy bien de no mostrarte al mundo, tal como eres......

Y todo, por este malhadado sentido del ridículo que rige nuestra vida....

Por él nos ponemos una careta en el rostro; por él torcemos nuestras inclinaciones; por él nos convertimos en una caricatura de nosotros mismos. Se nos invoca a cada paso el ridículo para que seamos naturales y ¡oh, paradoja! por él, por ese miedo al ridículo, es que dejamos de ser naturales para ser artificiales.

No podemos darnos al mundo como somos realmente. ¿Pugnan por salir de tus labios las palabras de bondad?—Pues cállalas, porque los que te oigan harán del ridículo la cruz de tu bondad........ ¿Quisieras abrir tus brazos en la calle para estrechar en ellos a los mendigos ciegos y paralíticos? Guárdate de hacer tal; se reirán los transeuntes.. ¿Desearías en plena plaza o en el Casino exteriorizar en voz alta tu admiración por el sol o tu entusiasmo ante la Belleza triunfadora?—Pues, no lo hagas; te cubriría el ridículo, te llamarían imbécil, soñador.

Pero dejémonos de disquisiciones absurdas....

No sé cómo me he metido a tratar un tema tan ingrato como este del ridículo en una carta para tí.... En una carta para tí, querido Jocelyn, que debiera ser toda alegre y radiante como una mañana de sol, como son, como deben ser, como yo quiero que sean, tus pensamientos juveniles.

Te hablaba de nuestra niñez, y te decía que te llevaba diez años y que tuve para tí paternal solicitud cuando eras no más que un bebecito...... Y no era a humo de pajas que estas cosas te decía.. Por ellas reclamaba, y reclamo, mi derecho a darte consejillos.... Pero veo desde aquí la sonrisa con que acoges, al leer esta carta, la formidable y contundente afirmación de mi autoridad, de mi potestad de hermano mayor, sobre tí.... Porque sabes que siempre fuí para tí el amigo, el camarada de las conversaciones y paseos joviales e intelectuales. ¡Cuánto hemos gozado y reído y cantado hablando de las cosas que tanto amamos tú y yo!

Vuelvo a lo que te dije: afirmarte en tu resolución de darle ahora tu tiempo a las asignaturas

del curso. No dudo que vencerás esa Física que te preocupa.

Te abraza tu hermano,

Luis.

II

Oct. 18, 191.

Querido Jocelyn:

Tu carta me ha llegado en este instante. Me preguntas por qué considero que la adolescencia es, en cierto modo, la más hermosa edad de nuestra vida cuando se ha dicho siempre por poetas y profanos que no hay edad comparable a la infancia. ¿Por qué me incitas, carísimo Jocelyn, a escribir sobre un tema que es para mí tan interesante? ¡Cómo se ve que conoces mis flaquezas, mis gustos, mis exaltaciones, mis amores por la juventud fuerte, apolínea, radiante?—Pero, ¿es que no te cansan estas cartas largas, tediosas......? Puesto que me provocas, defenderé mi tesis. La edad más hermosa de la vida del hombre, no es la niñez, ni es la virilidad, ni es la vejez. La edad flori-

da de nuestra existencia es la adolescencia. En la adolescencia se funden la ingenuidad de la niñez, la potencia creadora de los años maduros y las melancolías de la ancianidad. El adolescente es más que la semilla y es menos que el fruto: es la flor, la flor recién abierta, vaso de perfume, ornamento de los jardines.... Y la flor vale más que el fruto porque siendo una espléndida realidad de Hermosura, es al mismo tiempo, promesa de Bien.. La infancia es el crepúsculo matutino de la vida: la luz de la razón y las sombras de la inconsciencia coparticipan en el dominio del espíritu infantil. La adolescencia es la aurora al tornarse la mañana; en ella solo hay espacio para la luz pura y cariciosa, para los arreboles, para la más hermosa de las estrellas, para el canto de los pájaros jubilosos.... ¡Quién nos llevara a la adolescencia! ¡Quién pusiera sobre nosotros, otra vez, aquella corona de sol, que, según vivimos se va tornando más opaca!

La adolescencia es la edad de la armonía. En ella el alma toca la flauta, la gran flauta del lirismo. Se tararea, se canta, se silba, en la adolescen-

cia; después, la armonía se ahoga en la garganta. ¡Oh!, no es propio de personas serias, graves, cantar, ni silbar. Cantar, silbar, eso se deja para los niños, las mujercitas, los pilluelos de la calle, y los locos. La adolescencia es cantora, es una selva de canciones sobre la cual canta, también, el sol de la Esperanza. La adolescencia es un alma desnuda que pulsa una lira y se canta a sí misma: canta sus sueños, canta sus alegría, canta las tristezas que finge antes de conocer la desdicha. El mundo para ella es una inmensa perla irisada con todas las ilusiones. ¿Qué sabe ella de negruras, de preocupaciones ni de problemas trascendentales?

¡La impunidad de la adolescencia!.... A ella se le permite todo y los hombres prácticos y serios sonríen ante lo que ellos llaman paternalmente "cosas de la edad".... Se le perdona que sueñe, que sea lírica, que derrame sobre el mundo, como en eclosión auroral, toda la luz de su alma candorosa, todos sus cánticos de dicha, todos sus entusiasmos por el Bien, por la Justicia. Se le tolera que ponga en música el mundo. Los hombres sesudos sonríen

viéndole circundar el planeta con un pentagrama enorme donde él pone todas las cosas exaltándolas, glorificándolas, como si fueran las notas de un poema musical.

"Son cosas de la edad", dicen, y le dejan.... No le toman en serio.... Pero ¿quieres dicha mayor que esta! Poder ser tú mismo, poder expresar lo que sientes, ya sea la alegría o la tristeza, cantando, riendo o llorando, poder ser lira o flauta cantadora, ¿no es acaso la más suprema de las dichas? Fíjate en aquello de la impunidad.... En la adolescencia no hay trabas, ni disciplinas, ni sanciones. Eres libre, libérrimo. En la infancia estás cohibido por tu debilidad y la severa disciplina paterna; en la edad madura te atan los cánones de gravedad y respetabilidad, las ocupaciones, los compromisos, las etiquetas; en la vejez, todos los lazos de la edad madura más la tradición, y el reumatismo. Pero en la adolescencia puedes ser pájaro, veleta, loco, lírico, soñador, poeta, y aunque seas todo eso en una pieza la gente seria y práctica no te ridiculiza, ni te calumnia, ni te apedrea. ¿Quieres mayor gloria! Y, ahora, ¿qué dices? ¿No

piensas, como yo, que la adolescencia es una edad como hay pocas en la vida?

No me dices nada en tu carta de tu triunfo en los últimos exámenes semestrales de Física.... Digo triunfo porque de tu inteligencia, de tu voluntad y aplicación no cabe esperar sino triunfos.

Tu hermano,

Luis.

III

Oct. 30, 1.91.

Carísimo:

Me dices en tu carta, bromeando, que has aplaudido la apología que he hecho de la adolescencia y que si los ardientes efebos que en la Universidad estudian conocieran esa mi glorificación de sus sueños me cubrirían con una selva de lauros. ¡Hurrah, hurrah!

Leo en tu carta reflexiones atinadas, hermosas, asomando aquí y allá las puntas y los filos de la ironía como si te hubieras iniciado ya en la escuela de Anatole France. Atisbo también entre líneas un gesto prematuramente amargo y dices: "Todo eso que es tan bello: esa rauda expresión del sentimiento, esa libertad suprema,esa impunidad ab-

soluta, fenece bien pronto en el ambiente helado y opaco de un mundo sin corazón, sin alma...."

Tienes razón, querido Jocelyn, tienes razón, pero no quisiera que te aficionaras demasiado a los tonos oscuros. Domine siempre en nosotros una esperanza fuerte y un optimismo prudente y razonable. Esos escudos serán nuestra fortaleza. La juventud ha de prepararse para la lucha de la vida. Lo que yo no quisiera es que esa juventud fuera lanzada al combate sin haberse preparado, sin que en ella hubiesen arraigado la fe en los altos ideales humanos, la esperanza de su triunfo, y la caridad para todo lo que tiene vida y sufre. Yo me complazco en imaginar una pedagogía, un magisterio y una escuela para el desempeño de esa labor suprema de afianzar en los hombres el florecimiento de las gloriosas virtudes teologales en la nueva religión del dios Humanidad.

Dices bien: es grande la oposición entre la realidad y nuestros anhelos. La sociedad es la tutora del joven soñador. Ella es grave, austera y seca como una institutriz inglesa. Ella no permitirá que el radiante adolescente se distraiga demasia-

do. Le dejarán que idealice durante tres, cuatro o cinco años. Y luego empieza la labor segadora de la insigne institutriz que guía a los hombres por la vida. Es la siega de los sueños. ¿Qué te parece esa frase para título de una tragedia: "La siega de los sueños"? O esta otra: "La muerte de los divinos anhelos"? Por los suelos rueda y se mancha aquel bosque de lirios ingenuos que a cada paso se tornaba clarines de oro para cantar la Verdad, la Justicia y la Hermosura. Sobre la devastación de esa selva lilial hasta Dios llora.

"No se puede idealizar"—le gritan al apolonida. —"Es inútil idealizar el mundo". Y en flor, antes de tiempo, matan aquella noble y bella aspiración de bien, de verdad y de gracia. ¿Por qué esta prisa en matar lo que es ornamento y galanura de la vida humana? ¿Por qué no dejar que la flor dé el máximum de su esplendor en la sucesión de los días luminosos y el máximum de su perfume? ¿Por qué no esperar que la flor, por obra y ley de la propia Naturaleza, dé paso al fruto? Pero no; no se puede perder tiempo (como si no perdiéramos todo nuestro tiempo, como si no muriéramos

por anticipado, en vida, al salirnos de nosotros mismos, al negar nuestra íntima naturaleza, al dejar abandonado a los perros, en el camino, nuestro corazón!) No se puede idealizar. ¿Qué valor tienen los idealismos? Y se provoca el aborto; un aborto violento, antinatural, que mata el fruto o lo contrahace. De este modo se malogran muchos que pudieron ser frutos de energía creadora en las nobles luchas del practicismo. De este modo se mutilan espíritus que pudieron ser soldados de avanzada en las batallas por el mejoramiento colectivo de los hombres, por el bien social. Ellos hacen la legión dolorosa y trágica de los cínicos, de los escépticos, de los homicidas, de los anarquistas, de los condenados.... ¡Ah, querido Jocelyn; cuando pienso que las esperanzas y los anhelos de un joven pueden morir sin dar fruto siento una pena profunda, la misma pena que nos produce el oir a un sér querido, condenado a muerte próxima por fatal enfermedad, contarnos sus planos de vida y de dicha para cuando esté bueno. Me agita entonces el ansia loca de gritarle a todos los padres, tutores, maestros del mundo: "Ea, haced

plaza a los anhelos de la juventud! Haced propicio el florecimiento de sus sueños rosas! ¿No le cuidáis cuando es un bebé; no le prestáis toda vuestra solicitud cuando es un niño de pocos años?—¿Por qué, entonces, le abandonáis, cuando llega a la adolescencia?—¿Por qué a la patria potestad que os confiere y a que os obliga la ley, por la cual deberéis darle pan y vestido y habitación a vuestro hijo, porque a esa potestad de la letra de la ley no sucede la potestad del espíritu, esa espontánea, libre y amorosa potestad de vuestro espíritu de padre, de tutor, de maestro del adolescente?—"Vedlo, aquí está—les diría—Ha llegado él y diríase que por el aire se expande la armonía de su fresco corazón. Miradle: en sus labios hay una sonrisa hermosa como un ramo de rosas, una sonrisa hecha toda de cordialidad, de dulzura; sus ojos se abren grandes, serenos; su mirada tiene la tranquilidad y la luz de una estrella. Habla, y es un órgano cantando. El no hablará sino de cosas grandes, inmensas. El pondrá en sus labios todo el mundo y todo el cielo. El no sabe hablar más que en el lenguaje de los dioses; él no habla

más que de esperanzas, de triunfos, de apoteosis, de laureles, de coronas.... Para él no existen la derrota, ni la desgracia, ni la muerte. Su optimismo no cabe en los vastos límites de la Creación. Oyéndole le parece a uno que ha entrado ya en el cielo, en la eternidad. ¡Tan lejos y tan alto nos lleva en el aeroplano ideal de sus sueños juveniles!—Pues bien, mientras sea joven y tenga sueños poned en torno a esa gloria cerco de acero.... Impedid que los ladrones le roben sus esperanzas. Evitad que el cierzo helado del mundo le mustie sus entusiasmos.... Velad cerca de él para que no le lleven su tesoro, el más rico y precioso de los tesoros: la flor de sus sueños. Asistidle en sus proyectos de formar asociaciones para reinvindicar la Verdad y la Justicia; animadle cuando se disponga a escribir sus artículos, sus versos sobre la Belleza y el Bien. Tejedle para su cabeza rizada coronas de rosas y ensayad con él, ¡oh, padres! ¡oh, maestros!, la divinización de su espíritu, la glorificación de su talento victorioso."

Todo ese discurso con otras cosas que me callo, les lanzaría así, de un tirón, con palabra de fuego,

a saetazos, que les llegara bien adentro, hasta sus meollos y sus corazones de piedra.... Y tú, querido ironista, ¿qué imaginas que sucedería entonces, cerrado ya el maravilloso discurso? Pero bien merecido me lo tendría ¿verdad?: me mirarían con ojos piadosos, lastimeros; se me acercarían con cautela, me ceñirían la camisa de fuerza y me pondrían a buen recaudo en la casa de los locos.... Y todos dirían: "¡Qué pena! Un muchacho tan inteligente; pero se volvió loco, loco de remate.... ¡Qué de disparates, qué de barbaridades dijo en un momento!"

Te abraza,

Luis.

IV

Nov. 10, 191.

Caro mío:

Estás interesado en conocer la vida de la ciudad en sus aspectos de cultura y de civilización.... Me dices: "Quiero ir a abrasarme en esa llamarada de cultura que columbro desde aquí con los ojos del espíritu".... Y yo te digo: Harás bien. Debes venir a la ciudad. Pero la verdad es que aquí no existe esa llamarada de cultura en que tú quieres abrasarte. A mí me pasó lo mismo que a tí. Yo también creí que aquí todo sería intelecto, estudio, arte, civilidad, cordialidad.... Yo también mirando desde esa montaña ingente columbré en el horizonte una hoguera. Pero lo que yo tomé por la ciudad crepitante de pasión, de agitación intelectual, de ansiedad espiritual, era un cañaveral incendiado. ¡Un cañaveral incendiado! Desde en-

tonces dudo de los resplandores que a veces llenan el horizonte. Pienso si será la barbarie que hace una de las suyas. ¿Te ríes porque digo barbarie? Pues sí, barbarie. Barbarie política, barbarie social. Esas lumbraradas que tú y yo estuvimos dispuestos a tomar por eclosiones de espíritu gentil y cordial eran incendios socialistas en los campos inicuos del capital egoísta y cruel. Buscábamos la lámpara de los dioses y nos encontramos con la tea de los desharrapados. Buscábamos el Agora, la Academia, el Foro y dimos con un campo de ceniza.

Yo era entonces un adolescente. Hazte cargo de lo que pasaba por mí. Yo tenía toda Grecia en el corazón. Pensaba que en la ciudad vivirían los émulos de Fidias y de Pericles; pensaba en una aristocracia de túnicas blancas y en una magistratura de togas romanas. Pero llegué, vi, y me desengañé. Estamos todavía medio bárbaros. Somos todavía hombres cavernarios cuya vida se reduce a comer, dormir, cohabitar con las hembras y arrebatarse el pan los unos a los otros. Se vive la vida del ombligo para abajo.

Comprenderás mi desilusión. No encontré ni un pequeño cenáculo de escritores y artistas. Al Ateneo no iba nadie. Sus salas siempre solas, sus libros cubriéndose de polvo. Los domingos y días festivos en que no habiendo el deber del trabajo, podría esperarse afluencia de ateneístas, tampoco iba nadie. Los socios del Ateneo se iban al hipódromo a jugar a las carreras o al Casino a jugar al burro. En el Casino no se apaga la chispa. Allí se juega al burro de la mañana a la noche. De la manera como juegan al burro—si en dos pies o en cuatro—no puedo decirte nada porque no he estado por allí, pero me propongo ir a enterarme. Supongo que lo jugarán en cuatro pies por ser, es claro, la posición más propia de los burros.

Al Ateneo, como te digo, no va nadie. Los recursos puestos en juego para atraer a los socios y al público, resultan perfectamente ineficaces. Artículos en la prensa, sueltos, anuncios, invitaciones personales, todo, todo en vano. Figúrate, los caballos, el burro; el hipódromo, el garito.... La directiva está considerando una moción que uno de sus miembros ha presentado para traer a los so-

cios al Ateneo cazándolos con lazos. Dada la naturaleza indómita y cerril de esta gentecita no veo otro recurso.

A las conferencias no asisten más de cuarenta personas. Por ilustre que sea el conferencista y por interesante que sea el tema, los concurrentes no pasan del número dicho. Para que acuda gente a una conferencia, ésta ha de ser espectacular, ha de haber proyecciones cinematográficas, "flashlights" y retratos del salón y la concurrencia, y ha de ser dictada por uno de esos piratas políticos y sociales pasados de fusilar. Entonces acuden, llevados por el espectáculo y la aureola de escándalo y de audacia que rodea al conferencista. No van tras la verdad pura; no van tras el Pensamiento y la Belleza. Pero, ¿qué saben ellos de esas grandes cosas!

No hay entre esta gente cordialidad ni civilidad.... Tú llegas aquí lleno de fervor literario, hirviendo de entusiasmo. Eres efusivo, cordial, atento. Eres un espíritu gentil. Eres sincero, natural, sencillo. Tienes para tus nuevos compañeros de letras una sonrisa, un apretón de manos, un abra-

zo.... Tu alegría y tu ingenuidad salen al exterior hechas un río de bondad.... A poco de estar aquí empiezas a desengañarte. Tus compañeros no son como tú quisieras que fueran; no son como tú eres. Ellos se detestan y se odian mutuamente; se miran con mirada torva. Cuando se encuentran casualmente en la acera pasan ligerito rehuyendo el uno el contacto del otro y si se saludan el saludo es un sonido gutural, ronco,ininteligible.

Hace unos días murió aquí un escritor que gozaba de bastante popularidad. Murió el escritor en el hospital de la ciudad. Su hijo visitó a algunos compañeros para rogarles que fueran al día siguiente a acompañar el cadáver al cementerio. Cuando a la hora indicada llegué al hospital solamente estaba allí una hermana del difunto que velaba a la entrada. En el salón el ataúd permanecía completamente solitario. Media hora después llegaron tres redactores de un periódico en que el escritor había trabajado muchos años. Era ya muy tarde, adivinábamos que no vendría más nadie y salimos para el cementerio. Esperábamos, sin embargo, que en la plazuela de Castelar—pun-

to de cita en los entierros—habría gente, y particularmente compañeros, aguardando el cortejo. Cuando llegamos a la plazuela, ésta estaba desierta. Ante tamaña falta de compañerismo y de bondad hubimos de sentirnos entristecidos, bajamos la cabeza y continuamos lentamente la marcha hacia el cementerio.

Esta ausencia de compañerismo hace abortar todas las empresas literarias y artísticas. Se han realizado varias tentativas y siempre han fracasado. Se quiso fundar una sociedad de escritores y artistas; se celebraron algunas reuniones y discutióse largamente sobre los fines de la sociedad; nombróse una comisión para que redactara el reglamento, se eligió la directiva, se compró el libro de actas, se celebraron tres o cuatro sesiones y luego...... no hubo nada.

Después se quiso fundar una asociación de autores. De autores, fíjate bien, de autores. Haz de saber que esta gentecita nuestra es muy presuntuosa. Aquí el que ha publicado un folleto de cincuenta páginas con veinticinco sonetos o con una conferencia sobre el Quijote, ya se cree publicista.

Pues bien; celebróse la reunión de autores. No necesito decirte que yo me abstuve de ir a esa reunión por no ser autor. La naciente sociedad pasó por las vicisitudes conocidas: Reuniones, discusiones, reglamento, directiva, libro de actas, y luego.... nada.

Han sido tantos y tales los fracasos que ya nadie intenta fundar nada. Aquí todo es negativo. Aquí las palabras que lo indican todo—todo lo que hay—son las palabras negativas que he tenido que emplear varias veces en el curso de esta carta: "nadie", "nada". Fuera de eso, mi querido Jocelyn, "nada", "nadie".

Después de escrita esta carta tan negativa, siento deseos de romperla. Pienso que tú tienes derecho a vivir tu vida y a sufrir tus propios desengaños sin que nadie te los sople al oído. Pero luego pienso que, apesar de los pesares, el entusiasmo en tí no morirá nunca. Trabajarás sólo, escribirás sólo, y sólo te ceñirás tu modesta corona de artista y escritor.

Te quiere tu hermano,

Luis.

V.

Enero 4, 191.

Querido Jocelyn:

Esta noche he visto una hermosa película: "La Dama de las Camelias". Es la misma novela de Alejandro Dumas, hijo. Através del tiempo, transcurridos ya más de sesenta años de escrita, esa obra continúa dominando en los corazones. Al terminarse el espectáculo había lágrimas en algunos ojos. La emoción, esa caricia celeste del alma, batió sus alas por un instante en el teatro, bendiciendo con su sola presencia a los circunstantes. Emoción, divina emoción, tú que eres como un florecimiento de lirios en el alma, ¿por qué no apareces más amenudo entre los hombres?

Margarita Gautier, Armando Duval—pensaba yo mientras veía desarrollarse la película—vuestro creador está ya muerto, su carne deshecha, su

figura corporal desaparecida en la tiniebla, pero vosotros continuáis viviendo porque os creó un espíritu, porque sois hijos del espíritu. En vosotros crepita la pasión eternamente como una hoguera, inapagable. Vosotros sois el amor....

¿No crees como yo, joven romántico? Sí, amemos, puesto que el amor es lo más grande de la tierra y del cielo. Un amor como el de Margarita Gautier y Armando Duval, que es el Amor de todos los que aman verdaderamente, vale más que todo el oro, y que todas las glorias y que todos los éxitos. Oros y glorias y éxitos mezquinos que no matarán nunca el Amor. El alma humana es esencialmente la misma através del tiempo. Podrá en épocas de practicismo, volverse loca y frívola y cruel ante la montaña de oro y las mil y una tonterías que fabrica la industria, pero eso es lo superficial y transitorio. El alma humana cumplirá su destino, su destino de todos los tiempos, su destino eterno. Ella llorará y reirá y cantará y amará siempre; ella será siempre lírica y hoy como ayer y como mañana se emocionará ante Graziella, ante Werther, ante Margarita Gautier.

Ya ves que romantizo de lo lindo.... Parece que se han trastrocado los papeles. Tú en tus cartas me hablas de cosas muy graves, de la sociología, de la física.... Y yo que soy diez años más viejo que tú te hablo de las heroínas de Lamartine y de Dumas, es decir, de las ingenuas diosas del amor adolescente.... Pero ¿qué quieres? La culpa la tiene la hora en que te escribo. Son las doce de la noche. La hora no predispone sino a la idealidad.... Allá, en el teatro, un drama romántico; acá en la noche un cielo maravilloso de estrellas. En la galería llena de sombra he estado un rato mirando las estrellas.... Y en el vasto silencio de la noche me he puesto a pensar en cómo el alma humana, en lo profundo y esencial, es siempre la misma através de los siglos. He pensado luego—asociándola a la inmutabilidad del alma— en la eternidad del universo, en la perennidad de las estrellas. Hasta la galería ha llegado entonces de un jardín vecino el intenso perfume de la Dama de Noche. Y ebrio, ebrio de idealidad, me he apartado de la ventana, me he venido a mi cuarto y te he escrito esta carta.—*Luis*

VI

Enero 20, 191.

Carísimo:

Mi espíritu saborea todavía—después de diez días—los gratísimos momentos que pasé—allá, en el viejo hogar—con ustedes. ¡Qué cordialidad y qué gozo en nuestras reuniones familiares! Y es que como pensamos y sentimos lo mismo no hay, nunca, en nuestras fiestas íntimas ninguna nota disonante. No creas que es cosa sin importancia esta identidad de criterios y sentimientos en las personas que componen el hogar. Ella es el tesoro más preciado que puede poseer la familia. La diversidad de ideas y sentires ocasiona en muchos hogares continuas trifulcas.

En el hogar es donde únicamente podemos ser sinceros. Nuestros intereses y nuestro destino son comunes. Y en los que psicológicamente se parecen como nosotros, comunes son también las excelencias y limitaciones del espíritu.

Cuando estoy con ustedes me desparramo en confidencias. Esa flor del espíritu—la confidencia—sólo nos es dable hallarla en el ambiente benévolo y cariñoso del hogar. El espíritu, como el cuerpo, tiene su pudor. No le place al espíritu desnudarse ante gentes que les son extrañas. Nuestros íntimos sentimientos solamente se los comunicamos a aquellos seres que nos son afines. Esta afinidad entre nosotros es perfecta.

En la confidencia la escondida fuente del espíritu va fluyendo poco a poco en un hilillo tenue. Las ideas y los sentimientos, entremezclados, inseparables siempre, van saliendo claros y serenos. Se escoge, inconscientemente, las palabras más bellas. Pero la confidencia se caracteriza principalmente por su naturalidad. En ella toda afectación está excluída. Nada más lejos de la retórica que la confidencia. La confidencia es el

movimiento libre y espontáneo del espíritu como el de la avecilla en el bosque. ¿No crees tú que formarían un bello libro nuestras confidencias? Lo escribiremos tú y yo en colaboración. Tú pones un capítulo, yo el siguiente y así hasta el fin del libro. Iremos reviviendo las viejas y dulces escenas familiares. El cuadro siempre lo presidiría nuestra madre. Tendríamos que inventarnos la manera de poner en palabras las bellas notas de los himnos religiosos que ella toca en su armonio. Otras veces la presentaríamos en su actitud habitual de leer con profunda atención su Biblia, aquella Biblia voluminosa entre cuyas páginas se guarda—como un tesoro—el retrato tuyo de cuando tenías los rizos que te llegaban a los hombros, y el discursito que yo escribí y pronuncié cuando tenía doce años ante un grupo de muchachuelos. Rememoraríamos las historias que ella nos contaba, en la niñez, bien sacadas de la Biblia, bien de la historia de Francia o de los grandes libros que ella se leía. Pondríamos también en el libro el relato patético—que mamá tantas veces nos hiciera—de la muerte de la abuela,

cuando mamá apenas contaba trece años, quedando luego al cuidado de Monsieur Charriez, el buen farmacéutico.

Este libro, caro Jocelyn, sería un gran libro; sería un gran libro filial y fraternal. Lo empezaremos en las vacaciones, cuando estemos en la montaña; lo escribiremos ante esos paisajes llenos de dulzura y serenidad. Te quiere tu hermano,

Luis.

VII

Marzo 28, 191.

Querido Jocelyn:

He recibido en este instante tu carta. Tienes razón; estoy en un todo conforme con lo que en ella me dices. Lo trascendental, lo capital de nuestra vida no le importa a nadie, no preocupa a nadie: ni a esa prensa cuya enorme imbecilidad tan rotundamente pones de manifiesto en tu carta, ni a la sociedad, ni a los individuos. A nadie le preocupa el misterio de la vida, ni el de la muerte, ni la evolución social, ni la justicia social, ni nada. Se vive y se habla y se escribe neciamente.... De la prensa no hablemos; lo mejor sería suprimirla; si en mi mano estuviera yo la suprimiría en casi su totalidad. ¡Qué negocio oscuro y trágico este

de explotar el sensacionalismo del pueblo con historias de crímenes y con el abultamiento de triviales cuestiones políticas o administrativas! De esos periódicos yo no leo sino las titulares y con sólo ellas me siento las más de las veces disgustado. Esa prensa es la apoteosis de la necedad y la tontería; ella es el factor más eficaz de imbecilización de las muchedumbres. Ella, siendo como es la voz y la auxiliar de su maestra e inspiradora—la política—, riega el odio y la animosidad entre los hombres, favorece las maquinaciones y tropelías de los truhanes de alto bordo, y trastrueca el orden de la verdad y la justicia, poniendo arriba lo que debiera estar abajo y viceversa.

La política es un factor más poderoso aún de imbecilización pública. Se dice que la política es necesaria para el progreso de los pueblos; que es el ejercicio por el pueblo de sus derechos y prerrogativas.... ¡Mentira! El pueblo por su ignorancia e imbecilidad actuales no ejercita ningún derecho; el pueblo no elige sus candidatos, se los dan ya elegidos, se los imponen; ni es tampoco el programa de gobierno que se desarrolla en un determi-

nado país expresión de la voluntad del pueblo. Y esa política, ¿cumple su misión—su misión trascendentalísima--de educar al pueblo, para que sea un día árbitro de sus destinos? No. La tribuna política que debiera esparcir sobre las multitudes doctrina política y social, teorías de ciudadanía y de administración, esparce sólo lirismos insinceros e invectivas procaces.

En la plaza pública la multitud teje y desteje la versión escandalosa o simplemente idiota que oyó en la tribuna o que leyó en la prensa. Ese pobre pueblo sobre el cual gravita la secular ignominia social tampoco se preocupa por las cuestiones que pueden mejorar su vida. El menos culpable, sinembargo, es el pobre pueblo....

Tienes razón, querido Jocelyn: a nadie le importa nada la vida y la muerte, ni el bien, ni la justicia, ni la caridad. En todas partes, lo trivial, lo nimio, que a mí me fatiga tanto como un esfuerzo prolongado. Y a propósito de lo que te estoy diciendo: esta mañana precisamente en un libro de Unamuno—*Contra esto y aquello*—he leído un párrafo allí transcrito de una carta de Flaubert

a su amiga Madame Roger de Genettes, escrita en 1880. Dice Flaubert: "He pasado dos meses y medio absolutamente sólo, como el oso de las cavernas, y, en suma, perfectamente bien; verdad es que no viendo a nadie no oía decir tonterías. La insoportabilidad de la tontería humana ha llegado a ser en mí una "enfermedad", y aún me parece débil la palabra. Casi todos los humanos tienen el don de "exasperarme" y no respiro libremente más que en el desierto." Y Unamuno dice que comprende, y aún más, que conoce la enfermedad de Flaubert, y añade: "Me ocurre lo que al pobre Flaubert: no puedo resistir la tontería humana, por muy envuelta en la bondad que aparezca. Dios me perdone si ello es algo perverso, pero prefiero el hombre inteligente y malo al tonto y bueno."

Cuando yo he leído esta mañana las palabras de Flaubert y el comentario de Unamuno he recordado muchas de nuestras conversaciones íntimas allá en la querida tertulia familiar; he recordado lo que hemos abominado y reído de las tonterías, trivialidades y absurdos de la prensa, de la política y de la sociedad en general. De modo

que podemos sentirnos satisfechos y orgullosos porque a este respecto hemos pensado y sentido como Flaubert y como Unamuno.

Te remito por este correo los libros y papeles que me pides. Recibe un abrazo de,

Luis.

VIII

Mayo 2, 191.

Mon cher Jocelyn:

¿Quieres que te diga mi parecer sobre el Sr. X y su tan llevado y traído amor y magisterio de la Juventud? El Sr. X ha predicado el éxito a los jóvenes; ha pretendido señalarles el camino para adelantar y subir en la vida; les ha presentado ejemplos del éxito poniéndoles ante los ojos la vida y la obra de poderosos magnates.... Todo eso está muy bien. Muy bien, sí; pero eso es el éxito material, el triunfo de las garras, el triunfo del hombre de presa. El Sr. X les predica y les exalta a los jóvenes el concepto materialista del éxito. ¿Qué es el éxito para el Sr. X?—Prosperar en nuestro negocito de mercaderías, o en nuestra profesión de picapleitos o de sacamuelas, poseer

una casa de cemento en un barrio de moda, y tener automóvil. Ya ves que es bien poca cosa. Si examinas detenidamente los escritos de nuestro amigo y los personajes y seudo personajes que les muestra a los jóvenes como tipos de triunfadores, verás que aquellos representan siempre el concepto materialista del éxito. ¡Cómo si la Juventud estuviera necesitada de profesores de materialismo! ¡Cómo si el mundo, el vasto mundo, no fuera una escuela perenne de materialismo!

El concepto materialista del éxito no necesita apóstoles. A él nos lleva el secular instinto humano de conquista. Por él luchan obstinadamente casi todas las feas pasiones humanas: la codicia, el orgullo, la vanidad, la lujuria. (Hasta la lujuria. El triunfante hijo de Mercurio es señor de hombres y de mujeres. La generalidad de las mujeres—dulces y honrosas excepciones hay—puestas a optar entre Romeo—encarnación del Amor, y Shylock—encarnación de la Codicia—se quedan con Shylock.)

No hay que predicar el materialismo como no

hay que predicar la vanidad y la codicia; ellas nacen con el hombre; ellas forman parte de nuestra naturaleza primitiva. ¿No sería risible el afán de un hombre que intentase fundar una escuela para dotar de instintos a la naturaleza humana, del instinto sexual, por ejemplo, del de conservación?

El materialismo es lo cavernario, lo troglodítico. La humanidad se sabe de memoria la lección del materialismo. ¿Para qué hablarles tanto a los jóvenes de Ford y de Rockefeller? ¿Acaso no están esos Cresos sobre una colosal montaña de oro y de poderío—el oro es poder—,visible desde todos los términos de la humanidad? Ford y Rockefeller—u otro millonario cualquiera—son hombres de mucho mérito; pero yo considero absurdo que se establezca una cátedra pública para incitar a los jóvenes a admirar a esos hombres y seguir su ejemplo. Es una enseñanza innecesaria. Con Ford y sin Ford, tras el oro corre desalada la humanidad. Esa legión de hombres y mujeres que todas las mañanas vemos salir de sus casas para el taller y la oficina, va buscando la riqueza; todos llevan la ambición de la riqueza y trabajan para ob-

tenerla. Pero a la riqueza llegan sólo unos pocos, poquísimos, y la inmensa legión se queda irremediablemente en la pobreza. No llega a la riqueza quien quiere; no bastan para alcanzar la riqueza, voluntad, propósito y perseverancia. Un Ford es un Napoleón de la riqueza y Napoleón no hay más que uno, o cinco o seis a lo largo de la historia: los demás se llaman Alejandro, Julio César, Atila, Carlomagno.

Lo más que hay en el mundo es voluntad, propósito y perseverancia para ser rico y ¡caso curioso! lo más que hay asímismo en el mundo es pobreza; puede decirse que el mundo entero (tan reducido es el número de los ricos) es pobre. ¡Bendita y universal pobreza! Aquí tienes tú otra condición común a todos o casi todos los hombres y que debiera ser como un lazo que nos uniera y nos hiciera más hermanos que lo somos: la pobreza. Las grandes cosas en la naturaleza y en la vida son patrimonio común de todos los hombres. En la naturaleza: el aire, la luz, el agua, la belleza......; en la vida: la vida, el dolor, la muerte y la pobreza. ¿Te parece poca cosa? La naturale-

za y la vida pugnan por hacernos hermanos. Ambas nos dicen:"ustedes son todos lo mismo y están sujetos a igual destino: nacer, crecer, sufrir, morir." Pero nosotros nos esforzamos por dividirnos y nos dividimos y nos matamos en la guerra y en la paz.

Yo viviendo, viviendo, me he convencido de una cosa: de que para ser rico se necesita algo más que voluntad y perseverancia: se necesita buena suerte. ¿Qué es la buena suerte?—La cadena de las circunstancias favorables. ¿Qué es la mala suerte?—La cadena de las circunstancias adversas.

La inmensa mayoría de los ricos del mundo no se merecen la riqueza; ellos no se la han ganado trabajando. Merecer la riqueza es crearla, día tras día, en paciente laboreo a lo largo de los años. Si llevados de la envidia o del odio—líbrenos Dios de ambas cosas,—nos diéramos a investigar el origen de la riqueza de los ricos de una determinada ciudad o país, veríamos que tal origen está en un matrimonio afortunado, o en la lotería, o en el alza súbita del precio de este o aquel producto agrí-

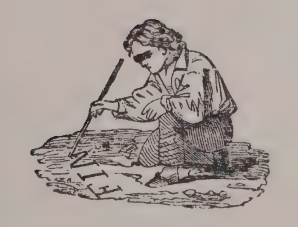
cola o industrial, o en la especulación en la Bolsa, o en el fraude, o prestando al cincuenta por ciento de interés. ¿Pero es que no se trabaja;—me objetarás tú—y la riqueza, ¿quién la crea?—Sí—te contesto yo—se trabaja; pero los que trabajan y crean el capital son los jornaleros del surco y del taller. Para ellos—los jornaleros—no es la riqueza; para ellos es la pobreza; para ellos es la mala suerte.... La mala suerte es lo universal y lo eterno. ¡Bendita mala suerte! Tú eres—hablando en términos de dinero—lo general, lo universal; tú eres lo humano, tú eres condición de la vida humana; tú, santa mala suerte, eres patrimonio común de todos los hijos del Padre, (el Padre Jesús conoció más que nadie—como puede conocerla un dios—la mala suerte) y debieras ser otro lazo que nos uniera y nos hermanara a todos los hombres.

Pero no somos hermanos porque no somos buenos. Y hay que hacer hombres buenos. Si algo hay que predicar es la bondad, la generosidad, el desinterés, la tolerancia. Prediquémosles esos altos ideales a los jóvenes. Hagamos a esos jóvenes

idealistas. ¡Qué hermosa y qué urgente esa cátedra del idealismo, salvadora de los hombres y de los pueblos!

Adiós, querido Joselyn, te envía un fuerte abrazo tu hermano,

Luis.



INDICE





